

AUTOPSIA RADIOACTIVA

MORTIMER CODY

R

FBI



FBI



FR

© MORTIMER CODY
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5, España.

Depósito legal: M. 10.956 - 1970

Printed in Spai

SUCS. DE RIVADENEYRA, S. A. - ONÉSIMO REDONDO, 26 - MADRID-8

MORTIMER CODY

AUTOPSIA RADIATIVA

Primera edición

**EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España**

CAPITULO I

Aquel hombre había permanecido varios minutos de vigilancia. Se encontraba entre el cementerio de la Santa Cruz, y Darley Park, al norte de Baltimore. Se había agazapado entre unos setos vivos, y dividía su vigilancia entre la furgoneta que tenía apenas a diez pasos de distancia, y el cementerio.

Había visto claramente que la furgoneta estaba vacía. No obstante la más estricta prudencia aconsejaba asegurarse de cualquier movimiento, antes de llegar a realizarlo.

Se había movido un poco, en dirección al cementerio, pero no quiso correr riesgos innecesarios; en realidad, lo tenía muy fácil; su misión podía quedar cumplida en segundos; le bastaban unos pocos segundos.

Dejó, pues, de ocuparse de lo que pudiera ocurrir en el pequeño cementerio de la Santa Cruz, y dejó los setos protectores, acercándose a la furgoneta; un vehículo nuevo cuya doble puerta trasera estaba abierta completamente.

El hombre, al quedarse sin el amparo de los setos, avanzó con rapidez, agazapado, hasta quedar pegado a la rueda delantera derecha de la furgoneta. Luego, se puso de rodillas, extrajo algo del bolsillo de la chaqueta, y metió la cabeza y medio cuerpo por debajo del vehículo.

Listo.

Ya sólo era cuestión de desaparecer de allí, aunque no fuese demasiado lejos...

Asomó su cabeza y el tronco. La cabeza quedó detenida por el contacto de algo duro y frío, que acarició bruscamente su sien. Su cuerpo quedó tenso, frío. Ni siquiera se atrevió a mirar. No entendía... No había nadie cerca cuando él salió de los setos...

—¿Qué ha hecho ahí? —Sonó una voz.

Era una mujer.

Aquel tipo, con un esfuerzo, pudo verla. ¿Cómo era posible que estuviera allí...? Había ido al cementerio, con los otros ocupantes de la furgoneta...

—Responda —insistió la mujer—. ¿Quién es usted, y qué ha hecho ahí?

El hombre trató de realizar un movimiento, pero la automática con silenciador acoplado que empuñaba aquella mujer le disuadió; la presión era demasiado firme. De todos modos, el tipo no despegó los labios, y la mujer extrajo de un bolsillo un pequeño aparato, que zumbó un instante.

—Prijt... —llamó la dama.

—Sí, Sonia, ¿qué ocurre?

—Ven.

—Pero...

—Vamos, rápido; a la furgoneta.

—Está bien. ¿Pueden seguir ellos con...?

—Que sigan. Tú ven acá. Corto.

Sonia guardó el aparato, y se separó un paso de aquel hombre, sin dejar de amenazarle. El tipo seguía de rodillas, mirando a Sonia, con extraña expresión, de ansiedad, miedo... El silencio en torno era absoluto en aquellos momentos; el ambiente no podía ser más tranquilo; además, en aquella zona entre el parque y el cementerio escaseaba la luz. Había que mirar hacia el Sur, con toda la ciudad a los pies, para ver señales de vida; para ver las luces, de distintos colores; luces quietas y luces móviles.

Se oyeron, por fin, unos rumores. Se produjo la llegada de Prijt, quien quedó junto a Sonia. Prijt empuñaba también una automática y, en silencio, miraba a Sonia y a aquel desconocido, que seguía de rodillas.

—¿Quién es? —inquirió Prijt.

—No quiere decirlo. Ha hecho algo debajo de la furgoneta; quizá ha colocado cualquier artefacto.

—Bien... Nos ha seguido... ¿No es extraordinario, Sonia?

—Sí. No tenía la menor noción de que alguien nos tuviera localizados. No obstante, dejemos de asombrarnos y resolvamos este asunto.

Prijt asintió con la cabeza. Dio un paso hacia el hombre que estaba de rodillas, le agarró por los cabellos, de súbito, con un veloz e inesperado movimiento, y le pegó la coronilla a la rueda de la furgoneta.

—Diga qué ha hecho aquí. Diga quién es usted, y cómo nos han localizado.

El hombre abrió la boca; no dijo una sola palabra, no obstante.

Prijt iba a golpear, pero Sonia intervino.

—Espera, Prijt.

Sonia se acercó más, y extrajo una diminuta linterna que lanzó un chorro de potente luz hacia la boca de aquel hombre. Una boca extraña; una cavidad oscura, con sólo el recuerdo de lo que fue la lengua. Sonia y Prijt, hoscas, miraban al mudo. La luz le fue recorriendo el rostro, y Prijt, luego, levantaba la mano derecha del tipo, mostrando el muñón de lo que fueron los dedos pulgar, índice y medio, desaparecidos.

—Me temo que no obtendremos gran cosa de este hombre, Prijt —musitó Sonia.

—Bien... Creo que lo importante es saber qué ha colocado en la furgoneta. En cuanto al hecho de que estemos localizados, poco importa, ya que no regresamos a nuestro refugio habitual. Cortamos la pista a quien sea... Cree que has sido verdaderamente oportuna, Sonia. De no descubrir a este hombre, es difícil imaginar tan siquiera lo que habría podido ocurrir.

—Aún no sabemos lo que puede suceder, a menos que descubramos lo que ha hecho este hombre en la furgoneta.

Prijt miró al mudo, y dijo:

—Si es cierto que ha colocado algo, sáquelo.

El tipo no se movió.

Sonia hizo un gesto, y Prijt, de un tirón, arrancó al mudo de junto a la rueda, dejando que Sonia pudiera situarse debajo de la furgoneta, con la linterna encendida, observando atentamente. Reaparecía instantes más tarde, con un objeto en la diestra.

Se irguió, y mostró el objeto a Prijt.

—Parece con control electrónico —dijo Prijt.

—Sí... Nos hubieran localizado en cualquier parte —musitó Sonia—. No he visto nada más, Prijt, pero... ¿cómo estar seguros?

Prijt frunció el ceño.

Seamos lógicos, Sonia: ¿para qué había de poner más de un control electrónico?

—Realmente..., parece inútil...

—Lo es. Ese hombre colocó el control, simplemente, y se disponía a huir cuando le descubriste. ¿O no es todo? —inquirió Prijt, encarándose con el mudo.

No esperaba que el tipo hablara, claro, pero tampoco descubrieron nada en su expresión.

Sonia, un poco impaciente, nerviosa, dijo:

—¿Qué hacemos, Prijt? Teniendo en cuenta que cortamos la pista a quien sea que...

—Yo me ocupo de esto. Ve con los demás; que se den prisa, Sonia.

—Bien, pero...

—Haz lo que te digo.

Sonia miró a Prijt, al mudo, y luego, sin despegar los labios, se dirigió hacia el cementerio, dejando a Prijt con el mudo. Prijt no esperó tan siquiera a que Sonia hubiera desaparecido totalmente de la vista. Se limitó a apretar el gatillo, una vez; un solo plomo, que resquebrajó la frente del mutilado; le empujó hacia atrás, y le dejó de cara al cielo, con los ojos abiertos, y la frente llena de sangre. Luego, Prijt se cuidó de arrastrarle hacia los setos.

Por su parte, Sonia, con un ligero estremecimiento, tras haber oído el disparo, muy sordamente, siguió hasta el cementerio, por uno de los diminutos caminitos trazados. Sólo tres minutos más tarde, veía ya a los tres hombres, que estaban en torno a una tumba. Por la actitud de los tres, parecía que el trabajo estaba bastante avanzado.

Se acercó, hasta estar a una yarda del hombre que, en aquellos instantes, encendía una linterna, mientras que otro, de un tirón, abría la tapa de un ataúd, que acababa de descubrir, tras el duro trabajo de quitar la tierra de encima.

La linterna buscó el rostro del muerto.

Fue solo un instante, pero estaba clara la impresión que causó la visión de aquel rostro. Luego, sonó una voz:

—Es él. Estoy completamente seguro. Yo no perdería más tiempo.

—De acuerdo. Hay que sacar el ataúd de ahí.

—Vamos, colaborad.

Se pusieron a trabajar para extraer el ataúd, y uno de los tipos, mientras, iba hablando con Sonia.

—¿Qué ha ocurrido, Sonia?

—Un hombre colocó un control electrónico en la furgoneta. Nos ha seguido, y..., hubiera podido seguirnos a cualquier parte.

—¿Qué habéis averiguado sobre ese hombre?

—Nada... Imposible; no tiene lengua. Prijt le ha matado. Por fortuna, le hemos descubierto, y no ocurrirá nada. Lo único que tenemos que hacer es salir de aquí cuantos antes.

—¿No le estás restando importancia a eso, Sonia? Estás diciendo, ni más ni menos, que hemos sido descubiertos.

—Pero hemos cortado la pista; ya nadie podrá seguirnos en lo sucesivo.

—Ya... Vamos... Agarra también tú, Sonia... Entre los cuatro llevaremos fácilmente el ataúd a la furgoneta.

En aquellos momentos, entre los cuatro, sacaban el ataúd. Cargaron con él, y se deslizaron rápidamente, en dirección a la furgoneta. En cuanto a Prijt, tras ocultar el cuerpo del mutilado, había regresado, estableciendo la vigilancia oportuna, para evitar nuevos contratiempos. Un par de minutos más tarde, el ataúd era cargado en la furgoneta, en silencio, sin que nadie despegara los labios. A una señal de uno de los tipos, tres de ellos se metieron en la caja del vehículo, junto al ataúd, y Sonia, con Prijt, pasaron a la cabina. La furgoneta se puso en marcha, tras unas rápidas maniobras de Prijt, y abandonó aquella zona, entre el cementerio y el parque.

Dejaron atrás el pequeño cementerio de la Santa Cruz, sin preocuparse en absoluto por disimular el robo de un ataúd. Asimismo, Prijt tampoco creyó necesario ocultar de un modo perfecto el cadáver del mutilado.

Prijt había tomado Carolina Street, la cual le conducía, en línea recta, hacia el puerto, al brazo noroeste del río Papapasco.

La furgoneta recorrió el trecho que separaba la estación de cercanías de la zona de muelles. Sólo eran perceptibles algunas luces, más bien pobres, y lejanas entre sí, de modo que en absoluto servían para disipar la oscuridad. El vehículo, tras dejar atrás las vías del tren, se metió en el muelle, rodando sin ruido, lentamente,

hacia una de las naves.

Se veían las aguas, quietas, oscuras, con muchos puntos brillantes. En cada muelle había sus correspondientes tinglados; se veían grúas, vehículos detenidos junto a pilas de mercancías; muchos buques, de todas clases y calados, detenidos; unos junto al cemento del muelle, y otros aguas adentro, con sus luces de situación. De vez en cuando, podía oírse alguna sirena; se veían luces en la torre de control del enorme e intrincado puerto de Baltimore, con sus cientos de muelles.

La furgoneta, completamente inadvertida, se detuvo un instante. Uno de aquellos hombres saltó al suelo, y luego corrió hacia una nave. Abrió la puerta, e hizo una señal. Sin luz alguna, ni en la furgoneta ni en la nave, el vehículo retrocedió hasta meterse en la nave. Una vez en el interior, el mismo tipo que antes había abierto la puerta, la cerró, y encendió la luz.

Iban descendiendo todos de la furgoneta.

Czeslaw, el más viejo del grupo, un tipo con el cabello gris, cortado casi estilo cepillo, dijo:

—Hay que trasladar el ataúd.

Los demás, en silencio, a excepción de Sonia, se dedicaron a sacar el ataúd de la furgoneta para meterlo en una caja de madera, bastante voluminosa, casi el doble que el ataúd. Luego, Czeslaw dijo:

—Cerrad esa caja; con los flejes de acero, ya sabéis.

Iniciaron el nuevo trabajo, mientras Czeslaw se acercaba a Sonia.

—No ha sido difícil, ¿verdad? —murmuró.

—No sé... Parece que no, Czeslaw, pero...

—De todos modos, ocurra lo que ocurra en lo sucesivo, no es de nuestra responsabilidad. Puede decirse que hemos concluido nuestra misión. Sin embargo, hay que admitir que con alguna chapuza... Debimos disimular el robo del ataúd, y ocultar mejor el cadáver de aquel hombre.

—El tiempo apremiaba, Czeslaw.

—Bien... Esperemos que nada ocurra, por este exceso de seguridad en nosotros mismos. Apparentemente, no dejamos huellas, pero...

—No veo cómo y quién va a relacionarnos con el robo del ataúd.

Y dudo que alguien vuelva a dar con nosotros. En cuanto al hombre que ha matado Prijt, puede que sea un cebo para que si la Policía quiere intervenir, pierda el tiempo.

Czeslaw asintió con la cabeza.

Los otros tres se acercaban, tras haber cerrado ya la caja de madera en la que habían ocultado el ataúd.

—Listos —dijo Prijt.

—Bien... Ahora, esa furgoneta hay que llevarla lejos...

Los dos tipos que habían ayudado a Prijt a cerrar la caja se metieron en la furgoneta, y Prijt se ocupó de apagar la luz, abrir la puerta de la nave y hacer las señas oportunas para que salieran. Instantes más tarde, la furgoneta desaparecía de los muelles. Y en la nave, Czeslaw decía:

—Te quedarás de vigilancia, Prijt. No creo que ocurra nada, pero no podemos abandonar el asunto hasta que esa caja esté cargada en el buque. Luego, te reúnes con nosotros.

—Está bien —dijo Prijt, simplemente.

—¿Vamos, Sonia? —inquirió Czeslaw.

La dama se limitó a asentir con la cabeza. Abandonaron la nave, fundiéndose, poco después, con las sombras.

CAPITULO II

El coche estaba detenido al pie de Druid Hill, cerca del final de Madison Avenue, con vistas a Druid Lake, y al conjunto residencial del norte de Baltimore. Las casas, en aquella zona, eran todas bajas; sin excepción, tenían jardín, la mayoría frondoso, con mucho terreno. Otras, como la casita que estaban contemplando los dos hombres que ocupaban el coche, constaban sólo de lo indispensable, en cuanto a extensión.

Habían encendido cigarrillos, y Ben Lausche dijo:

—En definitiva, Warren: conocemos algunos hechos; sólo eso. Tenemos a un hombre muerto, metido entre unos setos, en Darley Park, cerca del cementerio de Santa Cruz, y tenemos, también, que en ese mismo cementerio ha sido robado un ataúd con el correspondiente cadáver. Eso es lo que conocemos.

—No obstante —apuntó Warren Haddix— eso nos ha conducido hasta aquí, al parecer.

—Bueno..., no estamos muy seguros de estar pisando firme. Primero: no existe nada que nos indique una relación entre el hombre asesinado en Darley Park de un tiro en la frente, con el cadáver desaparecido en el cementerio de Santa Cruz. No obstante, hay algo en común entre ambos cadáveres.

Warren Haddix entornó los ojos; estaba mirando con fijeza aquella casita.

—¿Qué hay en común? —inquirió.

—Son extranjeros, entrados ilegalmente en el país.

Warren miró a Ben Lausche, con gesto de leve perplejidad.

—¿Estáis seguros? —inquirió—. Cabe perfectamente que el hombre hallado con un balazo en la frente haya conseguido entrar clandestinamente, haciéndose luego matar por sus asuntos... No es

la primera vez que el FBI tropieza con el cadáver de un hombre que ha entrado por la puerta falsa en el país. No obstante..., el cadáver robado... Para enterrar a un hombre, legalmente, en un cementerio, Lausche, hay que tener papeles, documentación.

—Tenía papeles, Warren. Pero, naturalmente, falsos.

—Ya... ¿Cómo lo habéis descubierto?

—Fue relativamente fácil. La Metropolitana tenía archivado el caso de ese hombre. Un caso de pura rutina, al parecer. Ese hombre tenía unos documentos en los que constaba llamarse Jack Stamper, ser soltero, tener treinta y siete años... En fin, todo mentiras. Murió de una hemorragia interna, en la pensión donde se alojaba. Era católico, según indicaban esos papeles, y se le enterró en un cementerio católico, sin más. Pero, claro, al ser robado el cadáver, la Policía Metropolitana ha enviado a nuestra Delegación todos los papeles de ese tipo y hemos visto que jamás ha existido un Jack Stamper.

—Entiendo. ¿Había algo sobre ese hombre en los archivos de Washington? —inquirió Warren.

Ben Lausche negó con movimientos de cabeza.

—Nada, Warren. Ni huellas, ni expediente alguno... Nada.

—¿Cómo sabéis, entonces, que era extranjero?

—Oh, bien... Se han ido recogiendo algunos datos, a raíz de la desaparición del cadáver...

—¿Y el otro? El asesinado en el parque.

—Parece sudamericano.

—¿Llevaba algún documento?

—Pues... lo que se le encontró encima no era, propiamente dicho, un documento. Era sólo una factura arrugada, sobre la reparación de un coche. Fuimos al garaje donde se efectuó la recuperación, y empezamos a obtener informes y datos que nos han traído hasta aquí. El mecánico recordaba muy bien al sudamericano... Bien, no es exacto —sonrió débilmente, Ben Lausche—. A quien el mecánico recordaba perfectamente es a la dama que iba con el sudamericano; la dama, en realidad, dio la cara en todo momento... Digamos que he omitido decirte que ese sudamericano tenía la lengua cortada y la mano derecha mutilada en parte. Asimismo, hemos descubierto en su cuerpo huellas de quemaduras y otras cicatrices...

Warren Haddix parecía bastante más interesado en aquellos momentos. Inquirió:

—¿Pudo haber sido torturado, Lausche?

—Tal vez... Por supuesto, lo hemos pensado, Warren. Y..., es claro, aun a riesgo de precipitarnos, hemos llegado a la conclusión de que ese hombre, el sudamericano, era un espía; un profesional que fue torturado hace años, y que ha venido a morir a Estados Unidos. Por otra parte, muere cerca del cementerio de Santa Cruz, donde, el mismo día, roban el cadáver de otro extranjero...

—No sé... Puede que todo ello sea debido a simple coincidencia, Lausche, pero es también muy posible que exista relación.

—Por eso estamos aquí, Warren. Bien. Decía que el mecánico del taller donde el sudamericano hizo reparar el coche, recordaba perfectamente al tipo, y a la mujer que le acompañaba; es realmente hermosa, según el mecánico. Una dama con... encanto. Eso dijo. Recordaba el coche, la matrícula y otros datos, que nos llevaron al establecimiento donde fue alquilado el coche.

—Ya...

—Desde ese momento, conocemos a Salomé Arenas, con domicilio en avenida Madison, número 640... Sabemos que Salomé Arenas ha alquilado la torre hace tres semanas, lo cual no deja de ser curioso, teniendo en cuenta que el falso Stamper, cuyo cadáver ha sido robado, murió hace, aproximadamente, tres semanas... Ahora, estamos buscando datos sobre Salomé Arenas. Y, mientras, se trata de vigilarla. Podríamos detenerla, pero, de momento, nos conviene la máxima discreción.

Warren Haddix asentía con movimientos de cabeza.

—Entiendo, entiendo... —decía—. El sudamericano y Stamper parecen estar relacionados... Y como cebo vivo, tenemos a Salomé Arenas... ¿Crees que ella pudo matar a su compañero y robar el cadáver?

—No sé... No tengo idea, Warren. Dudo, no obstante, de que la muerte del sudamericano y la desaparición del cadáver de Stamper sean cosas de Salomé. Ésta alquiló la torre, precisamente, cuando murió Stamper. Y, demonios, no veo qué puede tener que ver una cosa con otra... Pero con intención de robar el cadáver, ¿por qué demorarse tanto?

—Claro... No parece, pues, que Salomé haya sido la ladrona del

cadáver. En cuanto al sudamericano, debieron matarle los auténticos ladrones del cuerpo de Stamper.

—Eso tiene más lógica, ¿no, Warren?

—Por supuesto... El sudamericano, por tanto, hasta podía estar protegiendo el cadáver de Stamper, como si supiera que alguien trataría de robarlo. ¿No es curioso? —rezongó Warren.

—En efecto, ésa es la impresión —dijo Ben Lausche—. Muere Stamper, y Salomé y su compañero se instalan en esa torre. Parece ser que actúan como protectores del cadáver; incluso el sudamericano es asesinado, tal vez por evitar el robo del cuerpo de Stamper... Evidentemente, son muchas las cosas que podríamos preguntarle a Salomé. ¿No?

—Lo mismo creó, Lausche —rezongó Warren—. Si el sudamericano era espía, si Stamper era extranjero y entró ilegalmente en el país, pudo ser también espía; los ladrones, pues, es posible que, asimismo, sean espías. Entonces, ¿por qué no ha de serlo Salomé?

Ben Lausche sonrió.

—Eso: ¿por qué no ha de serlo Salomé? —Repreguntó—. Tú llevas el caso, Warren. Podemos seguir actuando discretamente, o bien entrar y detenerla. Elige.

Warren encendió otro cigarrillo, y reflexionó largamente, observado por Ben Lausche, un agente especial del FBI ya maduro, con ojos negros, inteligentes. Warren era bastante más joven; tenía aspecto de hombre sólido en todos los sentidos. Warren Haddix podía pasar por muchas cesas; era un tipo cuyo temperamento se adivinaba fácilmente. Un hombre de fuerte complexión, vestido con sobria elegancia.

—¿Y bien, Warren? —inquirió Lausche.

—¿Ésta es la primera toma de contacto con Salomé? —inquirió el agente especial del FBI.

—En efecto. Justo cuando llegaste, esta tarde, reuníamos los últimos datos sobre ella.

—Por tanto, no conocéis sus movimientos en las últimas veinticuatro horas.

—No, claro...

Warren se estaba acariciando el mentón; su mirada, de un gris acerado, estaba fija en la torre alquilada por Salomé Arenas.

—Me pregunto, Lausche, qué íbamos a ganar si detenemos a Salomé, y nos limitamos a preguntas que, casi con seguridad, quedarían sin respuesta...

—Tú verás, Warren... La crees desplazada, ¿verdad? Crees que los asesinos del sudamericano, los que han robado el cadáver de Stamper, la han sorprendido y se halla en el vacío. ¿No?

—Podría ser...

—Entonces, ¿cuál es la utilidad de Salomé? —inquirió Lausche.

—Detenida, ninguna.

—¿Y suelta? —inquirió Lausche.

Warren desvió un instante la vista de la torre para mirar a Ben Lausche. Sonrió levemente, y dijo:

—Podemos intentar hacer la prueba... Va a salir, Lausche. He visto apagarse la luz del cuarto y encenderse la del vestíbulo.

Ben asentía con la cabeza, mirando hacia la torre. En aquellos instantes, se había abierto la puerta, apareciendo la figura de Salomé, un tanto desvaída, a causa de la distancia y la oscuridad. Ella había cerrado la puerta de la torre, descendió las escalinatas imitación de mármol, encaminándose hacia el garaje. Se introdujo en él.

—Lausche..., síguela.

—Bien...

—Si crees que ella puede descubrirte, utiliza relevos.

—Oh, no creo que...

—Utilízalos, de todos modos. Es, por supuesto, imprescindible tenerla controlada. El asunto, en sí, es difícil; desconocemos casi todo. Si perdemos a Salomé...

—Está bien, Warren. ¿Y tú?

—Echaré un vistazo a la torre. Nos veremos en la Delegación.

—De acuerdo...

—Atento; sale.

Warren, sin más, saltó del coche, y poco después veía salir el de Salomé, que rodó lentamente hasta la verja de hierro; ella se apeó, abrió la verja, pasó el coche, volvió a cerrar, y luego empezó a rodar hacia el Sur, a una velocidad más bien moderada.

Warren se apartó, dejando libertad de maniobra a Ben Lausche, y le siguió unos instantes con la mirada, haciendo un gesto de despedida. Luego, cuando perdió de vista las luces piloto de ambos

coches, Warren empezó a acercarse a la torre.

Poco más tarde se encontró en el recinto, sin la menor dificultad. Pese a que estaba convencido de que no había nadie en la torre, tomó precauciones antes de entrar, dio un rodeo, observó todas las ventanas y, por fin, decidió utilizar su ganzúa plegable. Penetró en la torre y utilizó su linterna para orientarse. El rayo de luz fue recorriendo el interior de la casa, deteniéndose lo imprescindible, de momento, para que Warren tuviera una idea de conjunto. Examinó por encima las estancias de la torre, que constaba de varias piezas, y quince minutos más tarde tenía ya una idea de los lugares en que podía haber algo importante.

En primer lugar, el dormitorio de Salomé.

Era una pieza grande, con mobiliario pesado, de rancio estilo.

Destacaba el perfume, muy sutil, agradable, de la pieza.

Warren estuvo mirando los muebles; cama, armario, tocador, mesita de noche... Abrió el armario, y la luz de la linterna recorrió el interior. Había ropa; íntima, y algunos vestidos, muy juveniles en su mayoría. Un par de abrigos y varios pares de zapatos. Warren examinó los vestidos tratando de obtener algún conocimiento mediante las etiquetas, pero todo había sido adquirido en Baltimore, al parecer.

Lo mismo podía decirse de los zapatos, de las maletas...

Fue abriendo las maletas. Eran dos, más bien de reducidas dimensiones. Estaban completamente vacías.

Allí había también un pequeño

«week-end»,

de cuero, azul, que el federal abrió. Chucherías...

Iba a dejarlo en su sitio, pero frunció el ceño, El

«week-end»

no era muy grande, cierto, pero su peso no correspondía en absoluto a lo que había visto en el interior... Por tanto, quitó los pañuelitos, el frasco de perfumes, el pintalabios, un monederito de malla...

Una vez todo aquello fuera del

«week-end»,

Warren quedó muy quieto, con la mirada gris muy fija en aquello que había aparecido formando parte del

«week-end»,

empotrado en él. Dos segundos más tarde, respingaba al comprender de qué se trataba.

Silbó suavemente.

¿Para qué necesitaba Salomé Arenas un contador de Geiger-Müller?

Observó largamente el aparato, haciéndose infinidad de preguntas, comprendiendo, por fin, que, por sí mismo, no iba a obtener las respuestas. A todo cuanto se sabía de Salomé, no gran cosa, por cierto, podía agregarse que ella disimulaba un contador de radiactividad. Y se supone que nadie posee un contador de radiactividad por simple capricho; por lo menos, nadie que está cumpliendo alguna misión de espionaje en un país extraño.

Después de varios minutos, durante los cuales Warren estuvo tratando de captar la señal del contador, inútilmente, lo dejó cómo estaba y lo depositó en el mismo sitio. Luego, quizá con menos interés, prosiguió el registro, sin hallar ninguna otra cosa interesante.

Casi una hora tardó en salir de nuevo a la calle.

El inspector Overstreet, jefe de la Delegación del FBI en Baltimore, parecía gustar de sopesar las cosas antes de despegar los labios. Por lo menos, en aquella ocasión vacilaba mucho ante el agente especial Warren Haddix.

—Mira, Warren..., es muy posible que nos hallemos ante un caso de espionaje. Sin embargo, tengo la impresión de que se trata de algo por completo ajeno a Estados Unidos. Interviene gente extranjera que lo único que ha venido a hacer a nuestro país es a morir. No nos consta, por ejemplo, que Salomé Arenas sea enemiga de Estados Unidos. Es cierto, claro está, que nosotros, el FBI, debe velar por la seguridad de nuestro territorio, e impedir que sea elegido por otros países como terreno para sus luchas... No obstante, considero conveniente actuar... con diplomacia.

—¿Qué sugiere entonces, señor? —inquirió Warren.

—Bien..., debo aclarar que no pienso abandonar la vigilancia de Salomé Arenas; por supuesto que no. Sin embargo, nuestra acción se limitará a un control especial, hasta que lleguemos a conocimiento de los hechos. Hay que tener en cuenta que los muertos son extranjeros, que Salomé es extranjera, pero, repito, no necesariamente enemiga. Nosotros, el FBI, también hemos salido a

veces de nuestras fronteras para resolver algún asunto.
¿Comprendes, Warren?

—Sí, señor. En suma, debemos estar a la expectativa.

—Eso es... Pero, insisto, con un control riguroso de Salomé.

Warren asintió con la cabeza.

—Está bien, señor. ¿Ha recibido noticia: de...?

En aquel instante, en el despacho del inspector Overstreet se percibía la señal de una llamada por radio. El inspector se apresuró a responder.

—Overstreet a la escucha.

—Lausche, señor.

—Adelante, Ben.

—¿Ha llegado Warren?

—Sí, sí. Te está oyendo.

—«O. K.». Salomé Arenas acaba de tomar un boleto para el vuelo Baltimore-Miami. Sale mañana, a las ocho treinta y cinco; almorzará en Miami. Eso, si nosotros no lo impedimos, claro.

El inspector miró a Warren; permaneció unos instantes pensativo.

—Creo que no vamos a impedirlo, Ben... —murmuró—. Por lo pronto, no descuides su vigilancia. Relevaros en esa tarea.

—¿Vale la pena, señor? Ya sabemos dónde estará ella mañana.

—Sí, claro... Eso, suponiendo que no haya sido una jugada, al darse cuenta, por ejemplo, de que alguien la sigue. Atento, Ben: quiero tenerla localizada en todo momento. Quiero que si se me antoja llamaros cada cinco minutos, que alguien me responda exactamente el paradero de Salomé Arenas. Espero que me hayas entendido. Cambio y fuera.

Cortó, encendió un cigarrillo y reflexionó de nuevo, observado por Warren.

—¿Y bien, señor? —inquirió, por fin Warren.

—No se trata de adivinar las cosas, Warren. Ella se va a Miami, ya lo has oído. Lo único que espero es que su viaje no sea un capricho. Supongo que algo tendrá que hacer allí... Y la vamos a tener vigilada en Miami; donde sea. Tú partirás hacia Miami esta misma noche. No tienes por qué esperar a mañana, y partir en el mismo vuelo que Salomé. Ya sé que sería muy emocionante, pero no tenemos por qué hacerla desconfiar. Es mejor que mañana,

tranquilamente, la esperes en el aeropuerto internacional de Miami.

Warren ni pestañeó.

—Tendré que darme prisa para alcanzar el último vuelo, señor —dijo.

—Sí... Así es.

Warren se puso en pie.

—Si hubiera novedades —dijo—, confío en que sean comunicadas oportunamente a la Delegación de Miami.

—Desde luego... Nosotros trataremos de averiguar todo lo posible sobre el falso Jack Stamper, y el sudamericano. Además, se está buscando el ataúd..., con medios limitados, claro. Sospecho que si alguien puede ayudarnos en ese aspecto, ese alguien es Salomé Arenas; y se va a Miami. Bien... El que ella se marche de Baltimore no quiere decir que aquí nos crucemos de brazos. Buen viaje, y suerte, Warren.

Warren, tras un leve titubeo, dijo:

—Supongamos, señor, que lo único que Salomé quiere es abandonar el país. Puede que vaya a Miami tan sólo por el hecho de que su punto de salida esté allí. En este caso, cree que nuestro beneficio es nulo.

—No quiero discutir eso, Warren. Cabe, por supuesto, que tenga miedo, que se encuentre aislada y quiera dejar el país. Sin embargo, está claro que habrá que detenerla, si es eso lo que se propone.

—Bien...

—Sólo se la detendrá en ese caso, ante la evidencia de que quiera huir de Estados Unidos, Warren.

CAPITULO III

Hubo cierto revuelo de expectación en el «Banyan's», hotel situado en Royal Road, Coconut Grove, al sur de Miami. Se trataba de un hotel de primera categoría, muy cerca de la playa Tahití, muy cerca de los jardines tropicales, cuyo aroma, especialmente por las noches, envolvía el recinto del hotel.

Tras el discreto revuelo, todo volvió a la normalidad, mientras en recepción atendían a aquella dama, de piel bronceada y cabellera muy negra, que vestía un juvenil minivestido azul cielo, con sólo unos tirantes por los hombros; calzaba unos cómodos zapatos de escaso tacón, con tiras pinteadas sobre los morenos deditos.

La dama había llegado con un par de maletas y un par de bultos de mano, uno de los cuales había dejado junto a las maletas; del otro no quería desprenderse, por lo visto. Además, la dama sonreía levemente, como encantada por todo lo que había visto desde el aeropuerto a Coconut Grove.

Era muy esbelta, con una cintura muy breve y flexible. Sus piernas eran largas, redondeadas. El rostro era ovalado, y sólo la boca desentonaba un poco, ya que resultaba quizá un poco grande, pero los labios eran tersos, sonrosados, húmedos, sonrientes...

Resultaba poco menos que obligado mirarla.

Y hasta sonreír, siquiera fuese un poco.

El empleado realizó los trámites lo más brevemente posible. Aun antes de terminar, y suponiendo que la dama se sentiría cansada, le dio la llave y llamó a uno de los botones, que acompañó a Salomé hasta la cuarta planta habitación 420, a la que había sido destinada.

Quince minutos después de su entrada en el hotel, Salomé

estaba instalada en una «*suite*» no muy grande, pero con indudables alicientes como eran la vista a Tahití Beach, a la bahía a Miami Beach, perfectamente visible.

No obstante, Salomé Arenas no perdió ni dos minutos contemplando el excepcional panorama que ofrecía la playa, con su colorido, de un azul profundo, truncado por el blanco de la espuma, el de algunas embarcaciones de recreo; ya en la playa, dorada, el colorido parecía estallar. Parasoles, bañadores, cabelleras... Era algo mareante, turbador.

Salomé, tras entornar un poco las puertas de la terraza, dejando la «*suite*» en una discreta penumbra, pasó al baño, donde permaneció por espacio de diez minutos, refrescándose, desprendiéndose de la película de humedad que producía aquel clima.

Una vez seca, se recogió el cabello con un pañuelo amarillo, se puso unos pantalones blancos, de bordes acampanados, y una simple blusa. Encendió un cigarrillo y fue hacia el teléfono. Se sentó en el borde del lecho, tomó la guía telefónica y la puso sobre sus rodillas; fue pasando hojas, hasta que descubrió lo que buscaba. Marcó un número, y segundos más tarde recibía respuesta:

—

«Cossulich's

Atlantic Lines» a su servicio.

—Buenos días. Quisiera reservar una plaza...

—¿Buque?

—«Quezaltenango» —dijo Salomé.

—Espere... No está en puerto. Llegará pasado mañana.

—No importa.

—Perfectamente. ¿Es para alguna escala, o para Guatemala?

—Guatemala.

—¿Su nombre, por favor?

—Señorita Salomé Arenas.

—Muchas gracias. Oh, bien..., supongo que no ignora que el buque «Quezaltenango» es mixto, señorita Arenas.

—Por supuesto que no. ¿Necesita algo más?

—Puede recoger su reserva hasta una hora antes de la salida del buque; día 24, a las diecinueve horas.

—Excelente, Gracias.

—Buenos días, señorita Arenas.

Salomé colgó el teléfono, con el fino ceño ligeramente fruncido. Dos días largos de espera...

Terminó de fumar el cigarrillo, sentada en el borde del lecho, y luego empezó a pensar en el almuerzo, vistiéndose adecuadamente para bajar al comedor.

Habían sido unas horas terriblemente lentas, monótonas. Salomé empezaba a sopesar la posibilidad de divertirse un poco, aprovechando el tiempo libre; no era necesario morirse de aburrimiento... Se estaba mirando al espejo, en su «*suite*», e hizo un mohín. Se quitó el vestido oscuro, serio, y se puso un jersey claro y minifalda de terciopelo; dejó el cabello suelto y le pareció que su aspecto mejoraba bastante.

Cuando llegó a la pérgola, donde la música ya estaba animando el ambiente, estuvo buscando el sitio ideal. Miraba en torno, con expresión tranquila, observando a los tipos que estaban solos, ya en la barra, o bien en alguna mesa.

Uno de los camareros se acercó a ella.

—¿Una mesa para usted sola? —inquirió.

—Pues...

Alguien interrumpía en aquellos momentos. Era un hombre moreno, alto, vestido con un traje claro; un tipo de expresión seca, que se acercó a Salomé, diciendo:

—Por fin, querida... Hace horas que trato de localizarte...

Salomé, sin que su rostro expresara la menor moción, miraba a aquel hombre, que estaba tirando de ella, mientras que el camarero, discretamente, optó por retirarse. Salomé, sin protestar, en silencio, dejó que aquel tipo siguiera sujetándola del brazo y la sacara de la pérgola.

Una vez se encontraron a cierta distancia de la animación, del ambiente, Salomé, con voz seca, con ira contenida, inquirió:

—¿Qué hace usted aquí?

—No debe ofenderse, señorita Arenas. Queremos hablar con usted.

—¿Por qué? No es necesario que ustedes intervengan; no, al menos, sin que yo solicite su intervención. Creo que quedó bien claro: me gusta trabajar sola. O, en todo caso, elijo mis ayudantes.

Nunca más de uno. Por tanto...

—Señorita Arenas, no creo que sea conveniente alargar aquí la... discusión, entre nosotros. ¿Puede acompañarme?

Salomé parecía calmarse por momentos.

—¿Cómo saben que me encontraba aquí? —inquirió.

—Bueno, las noticias han llegado de bastante lejos. Tenemos entendido que en Baltimore han ocurrido algunas cosas. Como sea, y ante la necesidad que tenemos de ponerla al corriente de la nueva situación, la hemos estado buscando a fondo. ¿Se decide?

—Bien...

—Tengo el coche en el «*parking*».

—De acuerdo. ¿Se trata de algo importante?

—Por supuesto. De lo contrario, nosotros no habríamos realizado el viaje, compréndalo. Tenemos confianza en usted; confianza plena señorita Arenas. No obstante, la operación se demora mucho ya, y... En fin, ya la pondremos al corriente. Vamos.

Se dirigieron hacia el «*parking*». Aquel tipo se situó junto a un «Hillman» rojo, y abrió la portezuela para Salomé. Luego, rodeó el morro del coche, pasó frente al volante y puso el vehículo en marcha. A los tres minutos, ya rodaba por South Bayshore Drive, hasta Silveri Bluff, donde se apiñan los clubs de yates, formando un conglomerado de color y ambiente. El tipo se metió por Rockeman Road, hasta llegar a un bonito «*bungalow*», que casi tocaba la playa, moteada por cientos de cocoteros, que recortaban sus esbeltas siluetas, entre el negro del mar y el color rojizo de la luna tropical.

Al llegar al «*bungalow*», el tipo redujo la marcha, realizó una señal acústica con el «claxon», e, inmediatamente, las luces del «*bungalow*», que habían estado apagadas, se encendieron. Alguien aparecía, abriendo la puerta del garaje, y el «Hillman» rodando lentamente, llegó hasta la puerta del garaje; allí se detuvo, y el tipo que había conducido a Salomé hasta allí, dijo:

—Puede apearse, Salomé. Y gracias.

Salomé, silenciosa, saltó del coche y miró al hombre que había salido a recibirles.

—¿Dónde está él? —inquirió, por fin.

—Tenga la bondad de seguirme, señorita Arenas.

Salomé se limitó a asentir con la cabeza y siguió al tipo. Se introdujeron en el «*bungalow*»; el olor, el ambiente, ciertas

resonancias, indicaban con toda claridad que había sido ocupado muy recientemente. Salomé fue conducida a una sala, donde había luz rojiza, y un hombre con gafas oscuras, vestido con traje blanco, perilla cana y barriga ciertamente oronda, bebía algo fresco de un vaso, con la ayuda de un par de pajitas de plástico.

El hombre, al ver a Salomé, dejó el vaso, sonrió y, sin ponerse en pie, tendió la diestra a Salomé. Una diestra blanda, viscosa, que Salomé estrechó sin el menor entusiasmo.

—Señorita Arenas..., es un placer verla de nuevo —dijo el hombre—. Siéntese, se lo ruego, supongo que su viaje hasta aquí ha sido discreto.

—No me he preocupado de eso, señor Loeberg.

—Oh, comprendo... Las precauciones correspondían a Walter en este caso, ¿no es así?

—Exactamente —dijo, con sequedad Salomé.

Lazard Loeberg sonrió; en ningún momento era visible la expresión de sus ojos, ocultos por cristal oscuro de las gafas. De todos modos, la sonrisa quizá hubiera conseguido estremecer de frío a un pingüino real de la Antártida.

—Espero, señorita Arenas —dijo, suavemente—, que entenderá el problema. Nos hemos tomado muchas molestias, e incluso corremos indudables riesgos, por localizarla. Mi viaje a Estados Unidos no es de placer, por supuesto. No obstante, las circunstancias lo aconsejan.

—¿Qué sucede? —inquirió Salomé.

En aquel instante, Walter Khun, tras dejar el coche en el garaje, penetraba en la estancia.

Khun, mostrándose correcto, aunque en nada varió su seca expresión, se dirigió a Salomé.

—¿Quiere tomar alguna cosa? ¿Fresca, fuerte...?

—Lo que sea —dijo Salomé.

Khun se dedicó a preparar bebidas, mientras que Loeberg seguía mirando a Salomé a los ojos, tras haber dejado resbalar unos instantes su mirada, oculta por los lentes oscuros, por figura de Salomé, especialmente por las bonitas piernas, que la falda dejaba descubiertas.

—Había preguntado qué sucede —indicó Salomé.

Loeberg asintió con la cabeza, y dijo:

—La operación es urgentísima.

Salomé estaba tomando el vaso alargado, de un líquido rojizo, que le tendía Khun, sin dejar de mirar a Loeberg.

—Usted, Loeberg, dijo que no había que precipitarse, que debía hacerse un buen trabajo sin tener en cuenta el tiempo —murmuró Salomé—. ¿O estoy equivocada?

—No, no... Eso fue lo que dije, señorita Arenas. Es más, las circunstancias aconsejaban eso, precisamente; que se trabajara bien, prisas. Pero ya le digo que algo ha cambiado y la operación, repito, debe llevarse a cabo a toda urgencia.

Salomé probó el líquido; solamente se humedeció los labios.

—Bien..., ¿cuál es su concepto de la urgencia, señor Loeberg? —inquirió luego.

—Ahora mismo —sonrió el judío de la perilla.

Salomé pestañeó.

Luego, esbozó una débil sonrisa y dijo:

—Sí, claro... Máxima urgencia quiere decir ahora mismo... Pero no es posible, señor Loeberg.

Loeberg suspiró.

—Lo imaginaba... ¿Qué ocurrió, exactamente, en Baltimore?

—Los demás también cuentan; sólo eso —dijo Salomé, encogiéndose de hombros.

Loeberg pareció impacientarse un poco.

—Creo que está menospreciando a los demás, aun sabiendo que cuentan, señorita Arenas —dijo, secamente—. Pese a estar usted magníficamente situada sobre el terreno, ha perdido la partida..., aunque supongo que debe tener bazas importantes, puesto que está en Miami, esperando algo. Debo creer eso, al menos; espero que no esté aquí buscando el agujero de salida...

—Sé por qué estoy aquí, y también sé perfectamente qué busco, señor Loeberg.

—Está sola, ¿no es eso? Mataron a su ayudante en Baltimore.

—Sí... Le mataron, es cierto.

—Está bien. Las cosas, veo, están más complicadas de lo que pudimos llegar a creer hace tres semanas. Usted, sin embargo, parece seguir al corriente de la situación. Y, por mi parte, tengo que insistir: la operación es urgentísima. Antes he dicho «ahora mismo»; he exagerado un poco, es verdad. Sin embargo, debo advertirla que,

como máximo, le concedo un plazo de veinticuatro horas. Es decir: mañana, a estas horas..., las diez de la noche, tiene que estar todo listo.

—Bien... Hay dificultades que...

—Un momento, un momento, señorita Arenas. Sus dificultades, en este caso, me tienen sin cuidado. Usted se comprometió a realizar el trabajo; ha querido hacer las cosas a su manera, además. Todo me parece muy bien, si el éxito acompaña. Si... ese éxito no acompaña, tal vez haya que pensar que no es usted tan eficaz como llegamos a creer.

—Puedo dominar la situación, pero veinticuatro horas es plazo insuficiente, por varios motivos. En caso de verme realmente obligada a actuar antes de transcurrido ese plazo, necesitaría ayuda.

—No puedo ampliar el plazo, señorita Arenas. Y si necesita ayuda, le sugiero que recurra a nosotros... —sonrió Loeberg—. No tema; no corre el riesgo de quedarse sin cobrar lo prometido.

Salomé sonrió fríamente.

—Dejemos eso —dijo—. Yo... quisiera estudiar la nueva situación, señor Loeberg.

Detrás de las gafas oscuras de Loeberg, pareció brotar un brillo extraño, que se apagó inmediatamente. Y dijo:

—La nueva situación... Es simple, señorita Arenas. Usted ha perdido de vista el cadáver de... digamos Jack Stamper. Tal vez tenga idea de dónde se encuentra, pero está claro que no puede arriesgarse sola. Por tanto, insisto: si se decide a buscar ayuda, debe contar con nosotros. Espero que entienda que sería necio mezclar a alguien más en este asunto. Puesto que he realizado el viaje, y estaré un máximo de veinticuatro horas más en Estados Unidos, me gustaría aprovechar el tiempo, en beneficio de todos..., incluida usted.

Salomé dijo:

—Lo tendré en cuenta, cuando reflexione sobre lo más conveniente para mí y para el éxito de la operación, señor Loeberg.

—O sea: está decidida a reflexionar, a perder más tiempo.

—Nunca he creído que pensar fuera perder el tiempo, señor Loeberg.

—¡Pues..., así es, en ocasiones!

—No obstante, insisto...

Loeberg meneó la cabeza; su boca mostraba un rictus de disconformidad.

—Entonces, quiere regresar al hotel y preparar allí su actuación. ¿Es eso?

—Sí, claro...

Loeberg reflexionó unos instantes.

—Está bien —dijo, por fin—. Puede irse, señorita Arenas. Confiamos en recibir su respuesta sin excesiva demora. Puede ir a pie hasta el cruce con South Bayshore Drive, y allí tomar un taxi. Comprendo muy bien que usted piense su medio millón de dólares, que es el pago ofrecido por mí; pero le ruego que tenga también en cuenta otros factores.

Salomé se puso en pie.

—¿Puedo llamar aquí por teléfono? —inquirió.

—Hágalo. Estaremos esperando.

Salomé miró en torno; luego, a través de la ventana, hacia la playa sembrada de cocoteros.

—Es de suponer que ustedes han tomado todas las medidas necesarias de discreción —dijo luego.

—Naturalmente, señorita Arenas.

—Tendrán, noticias más.

Sin más, dio media vuelta y echó a andar hacia la salida de la estancia. Khun, en silencio la siguió, hasta despedirla en el vestíbulo. Observó durante medio minuto a Salomé, la cual sin contratiempo alguno, se estaba dirigiendo al cruce muy iluminado de Rockeman con South Bayshore.

Rápidamente, Warren Haddix había puesto en funcionamiento su radio y efectuaba una llamada urgente:

—Atención, atención... Agente Baltimore llamando a Delegación Miami... Agente Baltimore llamando a...

—Delegación Miami a la escucha, Hadd. ¿Qué sucede?

—Parece que empiezan a ocurrir cosas, señor. Por el momento, Salomé Arenas acaba abandonar un «*bungalow*» situado en el 900 de Rockeman Road, Silver Bluff; casi tocando la playa. Llegó en coche y ha salido a pie; tengo que asegurarme de que regresa al hotel. Imposible dejar sin vigilancia el mencionado «*bungalow*».

—Entiendo... Enviaré un hombre.

—Gracias, señor. Yo sigo detrás de Salomé Arenas.

—¿Algo más, Haddix?

—Bien..., es obvio; se trata de estrechar la vigilancia sobre ese «*bungalow*», tener la seguridad de que la observación es efectiva. De producirse alguna novedad, espero información por radio. Al mismo tiempo, yo iré comunicante regularmente. Se trata de ejercer un control absoluto sobre la situación. Además, claro, hay que investigar sobre los ocupantes de ese «*bungalow*». Conviene saber a qué atenerse.

—De acuerdo, Haddix. Buscamos informaron y comunicaremos.

—Gracias, señor.

CAPITULO IV

En la «suite» de Salomé, solamente estaba encendida la luz de la lamparita que había sobre la mesita de noche. Salomé estaba de rodillas sobre la alfombra, sentándose de vez en cuando con las nalgas sobre los talones, reflexionando, tras examinar el mapa de la costa Atlántica de Estados Unidos, en la zona Baltimore-Miami.

Fumó un par de cigarrillos, y realizó varios cálculos, tomando como base la escala a que estaba trazado el mapa.

Era casi la una de la madrugada cuando pareció terminar su observación. Miró por última vez el mapa, siguió determinado itinerario con la punta del bolígrafo, sin tocar papel, y luego se puso en pie. Dobló el mapa y lo guardó. Iba a tomar el teléfono, pero pensó mejor, y se vistió en menos de un minuto. No quería arriesgarse a cualquier indiscreción por parte de la centralita telefónica del hotel.

Salíó de la «suite», y bajó al vestíbulo. Paseó luego por el jardín, oyendo la música proveniente de la pérgola y, por fin, abandonó el recinto, saliendo a la calle, a Royal Road. Un par de minutos más tarde estaba en una cabina telefónica, introduciendo varias monedas en la ranura del aparato. Marcó un número, y la respuesta llegó casi inmediatamente:

—¿Es usted, señoritas Arenas?

—Yo, Khun.

—¿Ha tomado una decisión?

—Sí, así es. Escuche atentamente, Khun. Es muy importante. Puesto que todo aconseja la máxima urgencia, tan pronto colguemos ambos el teléfono ustedes pueden empezar a moverse.

—Bien... Escuchamos, señorita Arenas.

—Tenemos que ir a Savannah, Georgia.

—¿A Savannah? Oiga, señorita...

—No interrumpa, Khun. Tenga en cuenta que lo he pensado muy bien; su precipitación, además, me obliga a trastocar todos mis planes.

—Bien...

—Diga, Khun: ¿cree que tendrían muchas dificultades en falsificar un documento? Es para mí.

—Depende de la clase de documento, señorita Arenas.

—¿Pero podrían hacerlo?

—Tenemos elementos, sí.

—Perfecto. Entonces, hagan lo siguiente: en cuanto yo cuelgue el teléfono, ustedes abandonan el «*bungalow*», e inician el viaje en dirección a Savannah. Ya sé que es un viaje largo y pesado para realizarlo en coche; la distancia exacta es de 505 millas; cálculo que a una media de cincuenta millas a la hora son diez horas, aproximadamente. Por tanto, ustedes pueden estar en Savannah a las once de la mañana.

—Es mucho su optimismo, señorita Arenas...

—Hay que conseguirlo, Khun. No es imposible, ni mucho menos. Se trata de apretar el acelerador a fondo; pueden turnarse en el volante, para estar frescos en todo momento, y obtener el máximo rendimiento del coche. Y siga escuchando, por favor: una vez en Savannah, consiga unos monos, no importa de qué; simplemente, monos de trabajo. Además, una furgoneta, o furgón, tampoco importa marca ni modelo, por supuesto. Una vez conseguido eso, que calculo será a mediodía, límitense a esperarme en el puerto de Savannah. Yo llegaré a tiempo, no se preocupen. Habiliten la caja de la furgoneta para poder trabajar en ella sobre mi documento falso. Y, para ustedes, es todo, de momento. Mañana a mediodía nos veremos en el puerto de Savannah, y concretaré definitivamente el plan a seguir.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado del aparato.

—Bien... ¿No podríamos ir ganando tiempo con ese documento?
—inquirió Khun.

—Hace falta mi fotografía. En cualquier máquina automática de cualquier sitio tomaré esa fotografía. Hasta mañana, Khun.

—Espere un instante, señorita Arenas. Se supone que este... proyecto, este plan, no es una argucia suya para alejarnos de

usted...

—Oiga esto, Khun: si me he decidido a solicitar la colaboración de ustedes es, precisamente, porque no pierdo de vista las dificultades. De haber querido burlarles, estaría ya lejos de Miami.

—De acuerdo... Hasta mañana, entonces, en el aeropuerto de Savannah.

—Exactamente.

—¿Usted también realizará el viaje en coche?

—Por supuesto que no.

—¿Puedo saber cómo...?

—No pierda el tiempo, Khun. No estoy muy segura de si debo abandonar este hotel, pagar la cuenta, o bien limitarme a esa excursión a Savannah. Particularmente, he de estudiar pequeños detalles; pequeños, pero importantes. Tal vez me limite a simular una excursión. Tenga en cuenta que, repito, la llegada de ustedes, la urgencia de la operación, ha cambiado por completo mis planes. Estoy improvisando, ¿comprende?

—Pero quisiéramos tener una idea de lo que puede ocurrir en Savannah, señorita Arenas.

—No es tan difícil de imaginar, Khun. Les pido que estén preparados con unos monos y un furgón; además, en el puerto.

—No quiere ser más explícita, ¿verdad?

—Señor Khun: si yo hablo demasiado, me arriesgo a perder el medio millón de dólares puesto que ya no sería necesaria.

—No debe temer...

—Ustedes hagan lo que le he dicho, Khun. Eso es todo. Hasta mañana.

Y Salomé colgó el teléfono.

Instantes más tarde regresaba al hotel. Y antes de la una y media ya dormía, tras haber dejado unas instrucciones en recepción.

Hacía sólo cinco minutos que Warren Haddix había dejado el avión especial que le dejó el aeropuerto de Savannah, cuando ya estaba metido en un coche, con un agente del FBI al volante, y otro en los asientos traseros. Lo primero que habían hecho fue encender cigarrillos. Luego, Warren, soltó la bocanada de humo, junto con un suspiro de alivio.

—Todo va bien, entonces, ¿eh? —rezongó.

—Han estado a punto de desconcertarnos: pero lo hemos

conseguido, Haddix: están te dos controlados; incluimos a Salomé Arena naturalmente. En estos momentos, se encuentran todos en el puerto, metidos en un furgón. Están acorralados. En cuanto sea procedente podemos detenerles. Es claro, sin embargo que a estas alturas conviene estar seguros de lo que se proponen.

—Naturalmente...

—Demonios..., parecía increíble, Haddix. Esos tipos se han pasado la noche, y parte de la mañana, apretando el acelerador... Por fortuna las patrullas de carreteras nos han ayudado mucho.

—Sí, entiendo... Yo mismo me sentí muy desconcertado cuando vi a Salomé Arenas tomando un avión en el aeropuerto de Miami... Creía que sólo iba a esperar a alguien; un nuevo contacto. Demonios...

—Estamos llegando, Haddix.

Se encontraban ya en el puerto, en efecto; había cambiado el panorama; la luminosidad de Miami había quedado atrás, y el puerto de Savannah parecía metido en una bruma gris, en la que destacaban los contornos de los buques, el agua sucia, llena de grasa. Los muelles estaban completamente atestados de mercancías, y vehículos de tracción. Había bastante animación; después del almuerzo, la gente reanudaba el trabajo, entre el sonido de las sirenas, ruidos de motores...

El coche en que viajaba Warren Haddix se había detenido. El conductor extrajo su aparato de radio, y efectuó una llamada.

—Amurgy al habla —fue la respuesta.

—Estamos de regreso, con Haddix. Informa, Amurgy.

—No se mueven; siguen todos en la furgoneta. Están en un tinglado del muelle dos. Completamente rodeados. Que Haddix decida lo que debemos hacer.

—Un momento, Amurgy.

El agente del FBI miró a Warren.

—¿Has oído? —inquirió.

—Sí... De momento, seguir con la vigilancia. Yo me acercaré a pie al muelle dos, para tenerles localizados personalmente. Préstame tu radio. En el momento oportuno, recibiréis instrucciones. Es claro que están esperando algo; tengo una idea, pero no quiero precipitarme.

—De acuerdo. Amurgy: que siga la vigilancia, y atentos a las

instrucciones de Haddix.

—Bien.

Warren tomó la radio que le tendía su compañero, y se apeó. Se colgó un cigarrillo en los labios y, con la radio en el bolsillo, fue paseando por los muelles, hasta llegar al dos. Una corta observación le permitió ver a sus compañeros, reforzados con agentes de la Metropolitana, ejerciendo un control perfectamente disimulado. En cuanto al furgón, no tardó en localizarlo.

Fumó tranquilo, en espera de los acontecimientos.

Miró su reloj de pulsera. Eran casi las tres de la tarde. El movimiento en el puerto se acentuaba. Un puerto no demasiado grande, pero sí con actividad mareante. En todo momento entraban y salían buques. Los estibadores trabajaban de firme; carretas eléctricas, camiones, toda clase de vehículos de transporte, se movían por el cemento, dedicados a la carga y descarga.

Media hora más tarde, Warren veía abrirse la puerta trasera del furgón, y vio saltar a tierra a Salomé Arenas. La miró tranquilamente, despacio, observando que ella estaba fresca, juvenil; llevaba su

«week-end»

con el contador Geiger camuflado, y un bolso adicional. Vestía un traje relativamente serio; azul, con mini falda, y se había puesto unas gafas, posiblemente sin graduación, o muy escasa.

Salomé echó a andar en dirección al borde del muelle.

Hacía veinte minutos que el buque mixto, de carga y pasajeros, con pabellón guatemalteco, denominado «Quezaltenango», había tocado puerto, entrando en el muelle dos. Tras la arribada, se tendieron las pasarelas, y hubo bastante movimiento. Fueron muchos los pasajeros que decidieron pisar tierra firme; otros, simplemente, habían llegado a su destino. Y también había nuevos pasajeros. Además, había carga preparada para embarcar; empezaría, igualmente, la descarga, de un momento a otro, de mercancías que habían llegado a su destino. Cuando se produjo cierta calma en las pasarelas para viajeros, la bonita joven vestida de azul, con su minifalda, su sonrisa juvenil, jugosa, con sus dos bolsitos, inició el ascenso buque.

Se encontró en cubierta, frente a un oficial, que la saludó muy

sonriente.

—Aún falta un poco para zarpar, *miss*...

—Oh, no voy de viaje —se apresuró a aclarar Salomé—. ¿Puedo ver al capitán del buque?

—Pues no sé...

—Quizá al primer oficial.

—Tal vez. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Le mostraré mis documentos.

Del bolso que le colgaba del brazo, Salomé extrajo una tarjeta, con su fotografía; el documentó indicaba que *miss* Jane Cullman era oficial del Departamento de Salubridad Pública. El marino examinó la tarjeta, un poco perplejo, luego miró a Salomé, y volvió a sonreír.

—De acuerdo, *miss* Cullman. Yo mismo puedo serle útil. Me llamo Merritt.

—¿Puede acompañarme a las bodegas de carga, señor Merritt?

—Con gusto.

—Se trata de una inspección de rutina... S supone que ustedes tienen en orden sus papeles; su permiso de navegación, sellados en el puerto de partida.

—Así es, *miss* Cullman.

—Excelente.

Echaron a andar, hacia el portante que conducía a las bodegas de carga. El buque era bastante grande, y se encontraba en plena actividad. Un par de minutos más tarde, Merritt Salomé estaban en el pasillo, mal iluminad muy húmedo, con polvillo flotando en la atmósfera; se dirigieron hacia la puerta de la primera bodega.

Se oía claramente el movimiento de cubierta, y el ruido de la grúa, que estaba descargando, en primer lugar, la mercancía ya preparada en cubierta. Al abrirse la puerta, Salomé pasó al interior de la cámara, observando las pilas de mercancías. No perdió demasiado tiempo, ya que le pareció que nada interesante había allí dentro.

Pasó a la segunda bodega, con el mismo resultado. Al llegar a la tercera, algo ocurrió; algo que hizo tensar levemente a Salomé, sin que Merritt, al parecer, se diera cuenta. Salomé, atenta a la conocida señal acústica del contador de radiactividad que llevaba camuflado en el

«week-end»,

prestaba gran atención.

Cierto: el contador estaba dando señales.

Salomé paseó por la bodega, dando la impresión de que se trataba, como había dicho, de una inspección de rutina. No obstante, estaba muy atenta, intentando localizar la zona de mayor registro del contador camuflado. Tardó sólo dos minutos en descubrir aquella caja de madera, muy voluminosa, cerrada con flejes de acero, que estaba apoyada en el tabique, un poco separada del resto de las mercancías.

Todo coincidía.

Salomé, entonces, con gesto grave en su rostro, la señaló.

—¿Qué contiene esa caja? —inquirió.

—Bien..., lo ignoro... Tendría que ver al capitán, y consultar todos los documentos de embarque... ¿Ocurre algo, *miss* Cullman?

—Creo que sí... Mucho me temo que tendrán que descargarla, señor Merritt.

—Pero...

—Es claro que puede consultar con el capitán del buque. Es más: deseo hablar con él.

—Es sorprendente... ¿Puede darme un motivo, *miss* Cullman?

—Creo que lo mejor será hablar con el capitán.

—Yo podría...

—Por favor, señor Merritt.

—Está bien. Iré a buscarle. ¿Me acompaña, o...?

—Sí, sí, por supuesto.

Durante cinco minutos que duró la búsqueda del capitán del buque, el señor Covadonga, que estaba encerrado en su despacho, Salomé se movió por entre silbidos y miradas de los marinos. Tras esos cinco minutos, se encontró ante el capitán del buque, un hombre bajo, de brillantes ojos negros, cabello gris; un hombre fuerte aún, de boca fina y mentón firme. Estaba sentado ante su escritorio, y miraba con cierta expectación a Salomé, la cual mostró su tarjeta.

Covadonga arqueó una ceja.

—¿Ocurre algo en el buque, *miss* Cullman?

—Sí... Y quisiera hablar con usted..., en privado.

El capitán miró al oficial Merritt.

—Puede retirarse, Merritt —dijo.

Merritt aún miró a la guapa Salomé, y luego se limitó a inclinar la cabeza, abandonando el camarote-despacho del capitán del buque. Salomé, entonces, murmuró:

—Por el momento, capitán, nos limitaremos a descargar la caja de madera de la tercera bodega. Hágalo con precauciones, sin mezclarla con el resto de la mercancía. Déjenla aislada en el muelle, en cualquier rincón desocupado. Luego..., tendrá que prestar declaración ante mis superiores de Salubridad Pública, con respecto al contenido de esa caja.

Salomé, cuando terminó de hablar, miraba muy fijamente a Covadonga.

En realidad, Salomé jugaba allí su baza más importante; aquél era el maldito detalle, el dato que ignoraba... Su mirada no descubrió absolutamente nada en el rostro del capitán leí buque... Excesiva inexpresividad... Ello tropezó a resultar inquietante para Salomé.

—Me asombra, *miss* Cullman —dijo, por fin, Covadonga—. Yo...

—No creo que debamos perder tiempo, señor Covadonga. Si viene conmigo le demostraré qué mi petición de descarga de la caja no es insolutamente caprichosa.

Covadonga se puso en pie; asintió con la careza.

—Me gustaría comprobar eso, ciertamente —dijo—. Vamos.

Salieron del despacho; Merritt, a un lado, observando las operaciones de carga y descarga les miraba, bastante perplejo.

Dejaron la cubierta, llegaron hasta el pasillo que comunicaba con las bodegas; seguía oyéndose el ruido de arriba, y el de la grúa. Caminaron en silencio, hasta llegar a la tercera bodega. Una vez en ella, Salomé, procurando mostrarse tranquila, asumiendo bien su papel, se acercó a la caja.

—¿Quiere venir, capitán?

—Sí... Sí, claro.

—Observe.

Salomé descubrió el contador Geiger camuflado. La señal acústica de presencia de radioactividad se hizo perfectamente perceptible. Salomé, inquieta aún, miraba el rostro de Covadonga, que había palidecido ligeramente.

—Supongo que comprende, señor —dijo Salomé—. Le recomiendo que se efectúe la descarga de esa caja, sin demora.

Déjenla aísla, en el muelle. Luego, tomando las medidas necesarias, en mi departamento será abierta para comprobar su contenido. Bien... no es necesario alarmar a nadie, ¿comprende? Por consiguiente, le sugiero que haga las cosas discretamente. Recibirá, a continuación, el aviso para que se presente en nuestras oficinas, con toda la documentación necesaria; la relativa a toda la carga, el certificado de salubridad y la documentación del buque.

El capitán Covadonga miraba la caja.

Luego, miró a Salomé a los ojos.

Asintió con la cabeza, sonriendo débilmente y dijo:

—Bien... Vamos a mi despacho; daré las órdenes oportunas, *miss Cullman*. Pase, por favor.

Salomé, aún tensa, no muy segura de haber dado en el clavo con respecto al capitán Covadonga, echó a andar; no observó el movimiento de Covadonga, que apretó un resorte, fue una pulsación de menos de un segundo.

Cuando Salomé llegó a la puerta, tiró, abriendo. Inmediatamente, retrocedió un paso, tratando de abrir el bolso que colgaba de su brazo. No obstante, su mano fue detenida, y luego, el marino barbudo, de cara hosca y fuerte pecho que acababa de aparecer, entró, cerró la puerta, y apoyó su automática en Salomé.

Hubo unos instantes de silencio.

La respiración de Salomé, pese a que ella trataba de contenerse, era más perceptible que la de los dos hombres.

Covadonga, tras arrebatar el bolso a Salomé, se situó ante ella, mirándola detenidamente. Por fin, esbozó una leve sonrisa.

—Creo que estamos en parecida situación, *miss Cullman*... —musitó—. Usted, hasta ahora, ignoraba si yo formo parte o no de la operación. En cuanto a mí, empiezo a albergar serias dudas con respecto a la legitimidad de su documento, como oficial de Salubridad Pública... Usted, *miss Cullman*, se ha arriesgado. Yo..., voy a hacerlo también. Es obvio que si usted es realmente oficial de ese organismo, se me pueden complicar mucho las cosas. Si usted ha adoptado una muy... inteligente, es cierto, falsa identidad, creo que, en suma, no habrá ocurrido nada. Como sea, repito, debo arriesgarme.

—No le entiendo, señor —dijo, secamente, Salomé—. Creo que usted no comprende la responsabilidad que...

—Se equivoca. Sé muy bien qué clase de responsabilidad contraigo, *miss* Cullman. Ya le digo que me arriesgo a lo que sea. Bien..., debo aclarar que el riesgo es menor de lo que usted supone.

—Yo...

—Lamento no poder perder más tiempo con usted ahora, *miss* Cullman. Es urgente que tome mis medidas de seguridad. Andrés.

—Sí, señor.

—Voy arriba. En dos minutos, lo tendrás todo dispuesto.

—Bien, señor.

—Vigílala atentamente.

—Descuide.

El capitán fue hacia la puerta; antes de abrir miró a Salomé, y dijo:

—De todos modos, la felicito, *miss* Cullman. Pudo triunfar.

Salomé se limitó a apretar los labios.

El capitán desapareció, y Andrés quedó con la automática en la mano, mirando fijamente a Salomé. Ésta, por su parte, esperaba que transcurrieran los dos minutos mencionados por el capitán para saber a qué atenerse.

Realmente, no había que hacerse muchas ilusiones con respecto a la situación. Estaba aislada completamente, pese a que arriba, a poca distancia, reinaba gran actividad; en el muelle, a pocos pasos, había mucha gente, vehículos, movimiento... Lazard Loeberg y los otros dos estarían esperando en vano y, en verdad, cualquier decisión que tomaran era harte peligrosa...

Los dos minutos transcurrieron.

Se había producido un chasquido, y Salomé giró, observando, con pestañeo, el descorrerse de un trampilla que había en el suelo de la bodega, a una yarda escasa de la caja de madera cerrada con flejes. La trampilla era bastante grande, como quedó demostrado al quedar abierta en su totalidad.

Se percibía un conocido rumor; hasta creía ver el reflejo del agua; incluso creció la humedad.

Se volvió hacia el marino, para preguntar sigo.

No obstante, cuando vio que el cañón de la automática descendía hacia su frente, era tarde.

No pudo esquivar el golpe; y bastó uno solo.

Fulminada, cayó de rodillas, y luego quedó en brazos de Andrés,

quien la situó tendida en el suelo, en el borde de la trampilla. Andrés, entonces, se asomó a dicho borde, y vio cierta oscilación; una luz que se apagaba y un rostro que hacía su aparición.

—Hay que trabajar rápidamente —dijo el hombre aparecido por el hueco de la trampilla.

Andrés asintió con la cabeza.

—¿Ella sola, o...?

—No hay que arriesgarse. Rápido.

Primero, de todos modos, fue la desvanecida Salomé, cuya frente presentaba una brecha, de la que manaba un hilillo de sangre. Fue conducida abajo, donde dos brazos salían a su encuentro. Y algo seguía oscilando, mientras se trabaja rápidamente en aquella bodega.

CAPITULO V

Con el ceño fruncido, Warren Haddix observó que el «Quezaltenango» había terminado las operaciones de carga y descarga en aquella escala, en el puerto de Savannah. Y no tardarían en zarpar...

Mientras, el furgón seguía en el mismo sitio; quieto.

Todo indicaba que Salomé Arenas no pensaba seguir viaje en aquel buque... Y la presencia del furgón no podía ser más significativa: esperaban alguna carga. No obstante, nadie del «Quezaltenango» se acercó al furgón, ni hubo el menor contacto de hombres ni de mercancías. Salomé seguía en el buque, y los del furgón a la espera.

Un tanto desconcertado, Warren decidió precipitar los acontecimientos. Extrajo la radio del bolsillo, y llamó a Amurgy. La respuesta fue inmediata:

—¿Qué está ocurriendo, Warren? Parece que perdemos el tiempo...

—Vamos a actuar, Amurgy. Atención todo el mundo. Detendremos a los del furgón; es preferible, naturalmente, sin ruido. Hay mucha actividad, mucha gente, en el muelle, y no vamos a exponernos a la confusión de una escena de pánico colectivo. Por otra parte, algo está ocurriendo en ese buque, y se trata de que no cunda la alarma. ¿Comprendido?

—Perfectamente, Warren.

—Me acercaré yo, en primer lugar, por la derecha. Otros dos, por la izquierda. Situdad dos más de modo que el furgón no pueda arrancar. Rodead bien la zona, y dos hombres que se sitúen junto a las puertas traseras del vehículo. Si quieren saltar, que lo hagan; detenerles, simplemente, y, de inmediato, a nuestros coches. Por

otra parte, que haya alguien atento a las maniobras del «Quezaltenango». En todo caso, yo no quiero perder ese barco, si zarpa conmigo a bordo, avisad a la Comandancia de Marina. ¿Bien?

—No podrán salir del cerco, Warren. —Atención; inicio el ataque.

Warren cortó la comunicación, abandonó su puesto y se dirigió directamente hacia el furgón por el lado del volante. Estaba a unas cincuenta yardas de distancia cuando observó que, desde el interior de la caja, alguien saltaba a la cabina, para situarse frente al volante. Estaba seguro que algo sucedía en el barco, puesto que los del furgón se habían alarmado y trataban de huir.

Warren alargó el paso, y un instante más tarde asomaba el brazo derecho al interior furgón, mostrando su automática a aquel tipo vestido con un mono blanco, que palideció ostensiblemente, al ver el arma y a Warren quien, suavemente, dijo:

—Apéese, sin tocar nada.

Hubo unos instantes de inmovilidad.

Warren estaba abriendo la portezuela, cuando Berger, el que completaba el trío de Loeberg le ayudó a abrirla, pero tirando con fuerza hacia el exterior, de modo que la portezuela golpeó a Warren, desplazándole un par pasos; aún con la portezuela abierta, Berger se apresuró a poner el motor en marcha.

En aquel instante, alguien saltaba al interior de la furgoneta, por la izquierda, y golpeaba a Berger en la cabeza con la automática. El agente del FBI, además, empujó a Berger quien quedó colgando, en manos de Warren que tiró de él, derribándole al suelo.

Un rostro asomaba a la cabina, desde caja.

—Berger..., ¿qué ocu...?

Khun se encontró con una automática empotrada debajo de su barbilla. Quedó ir quieto.

Ante la situación, que iba cobrando una peligrosa realidad, Loeberg quiso reaccionar se lanzó hacia la puerta trasera del furgón: abrió de un tirón, y quiso saltar al suelo, pero un puñetazo en el orondo vientre le inclinaba hacia adelante; luego, un empujón le tiró sentado al suelo de la cabina. Amurgy y otro federal saltaron al interior del furgón, con las armas apercebidas, dominando perfectamente la situación.

Amurgy asintió con la cabeza.

—Perfecto —rezongó—. Sin ruido. Llamad a Warren.

No hizo falta. Warren aparecía en aquel instante, empujando a Berger, quien entendió ridícula cualquier clase de resistencia, y se metió en la caja del furgón, seguido de Warren. Éste miró a los agentes que quedaron abajo, y dijo:

—Que todo siga igual, de momento, y atención al buque.

Warren cerró la puerta, y quedó mirando a los tres hombres, que entre Amurgy y los otros se habían alienado en el fondo del furgón. Los tres estaban sentados en el suelo, con las manos en alto, silenciosos, evidenciando el asombro, la sorpresa que les producía el súbito cambio de situación.

Warren dio unos pasos hacia ellos.

—FBI —dijo—. Para no perder tiempo, pueden concretar, de momento, todo lo relativo a Salomé Arenas. ¿Qué hace en el buque? ¿Piensa desplazarse con él? ¿Qué esperaban ustedes?

Silencio.

Warren miraba aquellos tres rostros, y empezó a comprender que, en realidad, empezaban a sentirse bien... Aquellos tipos parecían sentirse, en cierto modo, aliviados.

—¿No piensan responder? —inquirió Warren.

Lazard Loeberg sonrió levemente, y dijo:

—Nos gustaría saber de qué nos acusa el FBI... ¿Podemos oír esa acusación?

—Llegará a su debido tiempo.

—O... en este caso, debemos entender que nos han detenido ilegalmente, señor... ¿Es así?

Warren, algo desconcertado, miró a Amurgy. Luego, a Loeberg.

—También hacemos algunas excepciones —dijo, secamente—. Amurgy: registradles. Veremos sus documentos.

—No se molesten —dijo, tranquilamente, Loeberg—. Estamos indocumentados.

—Muy bien, en este caso, los cargos concretos del FBI son: complicidad con una espía llamada Salomé Arenas, y carencia de documentos..., lo cual, en estas circunstancias, implica entrada clandestina en el país.

—Tal vez admitimos esto último, señor —dijo Loeberg—. En cuanto a... ésa espía, no la conocemos.

—Les estamos siguiendo desde Miami —dijo Warren—. De todos

modos, no deseo perder más tiempo. Digan: ¿qué está haciendo Salomé en el «Quezaltenango»?

—Ignoramos quién es esa dama, señor —dijo Loeberg.

Warren, entonces, miró a Amurgy, y dijo:

—Lleváoslos. Trasladadlos a Miami, con el mismo avión que me trajo hasta aquí. Serán interrogados en la Delegación. No puedo perder más tiempo con ellos.

—Bien, Warren. ¿Con el barco...?

—Voy a subir. Que siga la vigilancia, esta vez referida a ese buque. Como máximo, estaré ausente media hora; si en ese plazo no he regresado, o no tenéis noticias mías, detened a todo el mundo. Que nadie salga del barco, ni dejéis, claro está, que éste zarpe. ¿Comprendió?

—Sí... Y esperemos que la redada sea efectiva.

—Lo será, Amurgy... Ahí tienes a otros tres espías... Son judíos alemanes...

—Lo he notado. ¿Por qué no entramos todos en el barco y...?

—No es posible, Amurgy. Hay público, hay pasajeros. Inocentes, en suma; no quiero pensar en las consecuencias que reportaría una acción violenta en ese buque. Podemos hacer cosas discretamente, sin alarmas, sin pánico público. Recuerda; media hora de plazo.

—De acuerdo... ¿Y con éstos?

—Al aeropuerto.

—¿No podríamos forzarles un poco?

Warren miró a Loeberg, a Khun y a Berger. Sonrió levemente.

—Están esperando una simple acusación de entrada ilegal en el país, con lo cual saldrían directamente librados con la expulsión. Pero estoy seguro de que podremos concretar otras acusaciones. Que se hagan cargo del furgón, y al aeropuerto.

—Está bien, Warren.

—Hasta luego.

Un instante después, tras saltar del furgón, Warren Haddix se encaminaba hacia el buque guatemalteco, cuando se percibían ya los preparativos para zarpar. No obstante, tuvo tiempo sobrado para llegar a la pasarela y ganar la cubierta. Los demás pasajeros estaban mostrando sus billetes, acarreando las maletas bultos; alguien se acercó a Warren, pero éste tras haber echado un vistazo en torno, echó andar hacia la cabina de mandos, resueltamente. Estaba

llamando a la cabina, cuando el oficial llegó junto a él.

—Un momento, señor. El buque es...

—Quiero hablar con el capitán.

—Aun así, comprenda...

En aquel instante se abrió la puerta del camarote de mando, asomando el rostro un tan sombrío del capitán Covadonga, que miró con calma a los dos hombres que discutían.

—¿Ocurre algo, Adrián? —inquirió, dirigiéndose al oficial.

—Bien..., dice que quiere hablar con usted.

—Está bien. Déjanos solos.

El oficial no tuvo nada que oponer, y regresó a su puesto. Mientras, Warren seguía capitán Covadonga al interior del camarote Covadonga les mostró una silla.

—Tome asiento, por favor —dijo—. Usted dirá de qué se trata. ¿Alguna queja, alguna reclamación...?

—Busco a Salomé Arenas. Hace más de una hora que está en este buque, capitán.

Covadonga no pareció descomponerse, Tranquilamente, tomó unos papeles que había sobre la mesa y empezó a ojearlos. Sin levantar la mirada de los papeles, dijo:

—Es la lista de pasajeros... No veo el nombre que usted ha mencionado, señor.

—Realmente, dudo mucho que Salomé Arenas conste como pasajera en esta lista, capitán.

—Temo que no le entiendo... —dijo, con una ceja arqueada, el capitán del buque.

—Tal vez empiece a cambiar de opinión —dijo, secamente, Warren, mostrando al capitán sus credenciales de agente especial del FBI.

El capitán Covadonga no se alteró en lo más mínimo.

—Lo lamento, señor Haddix —dijo—. No tengo noticia alguna de la presencia de esa dama en mi buque. De todos modos, si intervino el FBI es porque sucede algo extraño. Está claro que no tengo el menor inconveniente de ponerme a sus órdenes.

—Ayúdeme a buscarla, capitán.

—Bien... Si está en el buque la encontraremos, naturalmente. ¿Se le ocurre a usted por dónde empezar a buscar?

—Mejor que no perdamos tiempo. Espero que colabore con el

FBI toda la tripulación barco. Podría ser..., de hecho no puede de otra forma, que algún miembro de la tripulación le esté traicionando, capitán.

—Bien, no creo que...

—Sobran los comentarios al respecto; se comprobará a su debido tiempo.

El capitán Covadonga se puso en pie, se acercó a un tabique y pulsó un resorte. Esperó unos instantes, hizo un gesto de impaciencia, y volvió a presionar el resorte. Miró a Warren, y dijo:

—El oficial Quesada debe estar en la bodega. ¿Me sigue, señor Haddix?

—Sí, por supuesto.

Los dos hombres salieron del camarote de mando, y caminaron hacia los portantes de bajada a las bodegas. Seguía habiendo mucha animación en cubierta; las pasarelas aún no habían sido retiradas, aunque el momento era inminente. Warren ni siquiera se preocupó de comprobar si Amurgy seguía sus instrucciones era algo que se daba por hecho.

Siguió al capitán hasta la tercera bodega cuya puerta estaba abierta, y había luz. E capitán se hizo a un lado, e invitó a Warren.

—Pase, señor Haddix.

Warren se metió en la bodega; inmediata mente, percibió algo extraño. No obstante cuando iba a adoptar una actitud defensiva ya era tarde.

Le golpearon con una porra de goma en nuca; se le doblaron las rodillas, y el segundo golpe le arrojó de bruces al suelo; quedó con la cara pegada a las maderas del suelo de bodega. El capitán Covadonga le miró unos instantes, y musitó:

—Ni siquiera lo entiendo... Se han complicado las cosas de un modo inexplicable... Tengo que abandonar el buque, Adrián.

—Bien... ¿Y qué ocurrirá, señor?

—Nada, ¿qué ha de ocurrir?

—Sin embargo, supongo que sucede algo lo suficientemente grave para que usted tome esa decisión.

—Es grave, en efecto. Es del FBI —señaló a Warren con un gesto—. Eso quiere decir muchas cosas, Adrián. Demasiadas cosas. Por lo pronto, es casi seguro que hay en el muelle más gente del FBI. Y el tiempo de que disponemos debe ser limitado... En cuanto a lo que

suceda con el buque, no debe preocuparte, Adrián. A ti nadie podrá culparte de nada; ni Andrés. Vosotros, simplemente, formáis parte de la tripulación. Los que se verán en apuros son los oficiales. Vosotros limitaros a tener a boca cerrada. ¿De acuerdo?

—Sí, claro...

—¿Está todo listo abajo?

—Sí. Iba a llamarle cuando se encendió la luz.

—Excelente. Las cosas hubieran podido ocurrir de otra manera, no cabe duda, pero... alguna vez se ha de perder. Nos veremos, Adrián.

—Buena suerte, señor.

—Ayúdame. Bajaremos al señor Haddix. Es preferible no dejar aquí un cadáver; sería demasiado. Mientras que el FBI busca, nosotros tenemos tiempo de alejarnos. Vamos, muévete.

Arrastraron a Warren hacia la trampilla abierta.

El capitán Covadonga fué el primero en descender, y se percibió un brillo oscilante. Apenas un minuto más tarde, un rostro asomaba por la trampilla, y Adrián recibía ayuda. Warren fue introducido por la trampilla, desapareciendo instantes más tarde. El propio Adrián cerró, y se alejó de la bodega sin más.

CAPITULO VI

De lo que primero se dio cuenta Warren era de que le dolía la nuca, hasta el punto de que mover el cuello resultaba un doloroso sacrificio. Segundo, no veía. Tercero, parecía estar... zozobrando; oía un rumor extraño... Empezó a darse cuenta de más cosas. Se encontraba en lugar de espacio muy reducido. Tocaba varias cosas con su cuerpo; un tabique o plancha metálica, algo parecido a una caja de madera, otra cosa más blanda que las anteriores.

—¿Siempre despierta igual, señor? —Oyó la voz de mujer.

Warren achicó los ojos; había localizado el lugar del que partía la voz, y a la mujer, claro; trataba de verle el rostro, inútilmente, de momento.

Tras unos instantes de silencio inquirió:

—¿Salomé?

Aquella vez la pausa silenciosa corrió a cargo de la dama.

Por fin se oyó su voz, bastante cauta, apagada:

—¿Quién es usted?

—No importa; ni siquiera es necesario seguir con preguntas mutuas —dijo Warren—. Supongo que esta situación nos concierne por igual.

—En efecto.

—¿Ha pensado algo?

—No he tenido tiempo.

—¿Sabe, al menos, dónde estamos?

—Tengo una idea bastante aproximada. Todo indica que estamos a bordo de un submarino de bolsillo. Y a juzgar por el rato que hace que navegamos, nos deben separar unas tres millas marinas de la costa.

—¿De Savannah? —musitó, aturdido, Warren.

—Naturalmente, señor.

—Pero... no es posible...

—Espero que comprenda pronto la realidad de la situación.

—Es increíble... ¿Cómo pudo llegar el submarino hasta el «Quezaltenango»?

—Lo llevaban debajo, sujeto con unas redes metálicas, asidas a una trampa. La trampa está situada en la tercera bodega. Es obvio que siga dando explicaciones sobre ello, puesto que usted debió verla al entrar.

—No... No me dieron tiempo; me golpearon y... Bien... Como sea, lo cierto es que hemos salido hace rato del puerto de Savannah, rumbo...

Silencio.

El hombre del FBI insistió:

—¿Rumbo, Salomé?

—Lo siento, lo ignoro.

—¿Cuántos hombres hay en este submarino? —inquirió Warren.

—Tampoco lo sé. Lo único que le puedo explicar es cómo entró usted aquí y cómo vi reducido mi espacio. Luego noté que nos poníamos en marcha. Eso es todo. Si quiere, podemos prescindir de nuestra personalidad y hacer algo en común por salir de aquí. A mí, sinceramente, ni siquiera me interesa saber quién es usted..., pese a que me conoce. O, por lo menos, conoce mi nombre.

Warren reflexionó unos instantes. Buscó una posición un poco más cómoda, al mismo tiempo que concedía un respiro a Salomé. El sutil perfume de ésta llenaba el reducido ámbito, Warren la veía un poco mejor; por lo menos distinguía su perfil, su cabellera oscura, el brillo de los ojos y de la boca...

—Me llamo Warren Haddix; pertenezco al FBI, Salomé. Voy a comunicarle que sus tres compañeros se encuentran en estos momentos en manos del FBI. Posiblemente, realizando ya un vuelo especial hacia Miami. En cuanto al barco, supongo que debe estar detenido en el puerto de Savannah; lo estarán registrando a fondo, sin el menor resultado... Ha sido un fracaso.

Warren notaba la tensión de Salomé, su inmovilidad.

—Eso es mentira —se oyó, por fin, la voz de Salomé.

—Oh, vamos... La estoy siguiendo desde Baltimore. Primero, a Miami, al hotel

«Banyan's»,

Luego al «*bungalow*» de Rockeman Road. Posteriormente, al aeropuerto de Miami, y, por último, al puerto de Savannah. Realmente se ha movido mucho en pocas horas, Salomé. Sólo un perfecto control por parte del FBI ha impedido que nos burlara. Repito que sus compañeros están en manos del FBI. Los tres hombres vestidos con monos que la aguardaban en el furgón. Y el barco, insisto, está siendo registrado ahora, me temo que sin resultado alguno... Pienso también que el capitán por poco inteligente que sea, debe estar viajando con nosotros en este submarino de emergencia.

—Pero... el FBI me ha seguido...

—Dimos con usted en Baltimore, Salomé. A raíz de la muerte del sudamericano. Bien... eso es lo que hay.

—No es posible... Estoy segura de que...

—No debería asombrarse tanto, Salomé. En definitiva, estaba usted operando en territorio de Estados Unidos. ¿Por qué ha de suponerle al FBI una ceguera total? Ahora, dígame, ¿que fue a hacer al «Quezaltenango»?

Salomé no despegó los labios.

Warren rió breve, secamente.

—Tal vez a buscar el cadáver de Jack Stamper —dijo.

Notó la crispación de Salomé.

—¿Es eso? —insistió Warren.

—No creí que el FBI estuviera tan cerca del asunto...

—Limítese a responder.

—Fui en busca del cadáver de Jack Stamper, en efecto —murmuró Salomé.

—¿Y...?

—Lo hallé.

—Vaya...

—Y usted también. Lo tenemos en esa caja que ocupa más de la mitad de este hueco. Warren giró un poco y tanteó la caja de madera. Luego volvió el rostro hacia Salomé.

—Debo confesar que el FBI se limitaba a la labor de expectativa —murmuró Warren—. Sin embargo, a juzgar por los medios empleados, sin ir más lejos, por el capitán del «Quezaltenango», el asunto debe ser lo suficientemente importante, Salomé. ¿Cierto?

—Lo es.

—¿Para Estados Unidos?

—Bien..., podría serlo. El asunto, en sí, es importante. Está por saber para quién es más importante.

—No sé si la comprendo.

—No importa... Señor Haddix, estamos ambos en una situación claramente desfavorable, tenemos el cadáver de Jack Stamper a nuestro lado, pero, por supuesto, de nada nos sirve.

Yo me he limitado a asombrarme y usted a desconcertarse. Podríamos hacer un trato.

—¿Cree que vale la pena? —Gruñó Warren.

—A mi vez debo preguntarle si piensa dejarse ejecutar sin oponer resistencia, señor Haddix.

—La respuesta es obvia. —¿Pero cree que nos...?

—Oh, vamos... ¿Aún no puede creer que FBI se ha quedado con piezas que, si bien son importantes, no son las principales en este asunto, señor Haddix? El FBI tiene a Loeberg y a los otros y al barco. No obstante, con esos elementos no llegará más lejos. El FBI ha quedado aislado del caso, ¿lo entiende?, sé que dentro de media hora, o una hora a lo sumo, la superficie del mar se poblará de lanchas de guarda-costas, pero diga, ¿qué pueden contra este submarino? ¿Cómo localizarlo? El submarino lleva suficiente ventaja... Por consiguiente, la vida de usted, como la mía propia se han devaluado vertiginosamente. Está claro que en cualquier momento nos matarán.

Warren asentía con la cabeza.

Realmente, Salomé estaba en lo cierto. El FBI descubriría la trampa del buque llegaría a conclusiones acertadas, pero... lo difícil era saber el tiempo que transcurriría hasta el punto de que incluso era factible que el submarino saliera de aguas jurisdiccionales de Estados Unidos...

—Está bien, Salomé. Nos ejecutarán. ¿Bien? —Gruñó Warren.

—Nada cuesta hacer un trato, señor Haddix.

—Evidentemente, nada cuesta; es sólo una ilusión... ¿O la han dejado armada?

—Claro que no...

—¿Entonces?

Salomé se removió.

—Olvídelo, señor Haddix —dijo—. Cada uno hará lo que pueda por salvarse una vez llegado el momento. De todos modos, si tardan demasiado tiempo, no tendrán que tomarse grandes molestias por nosotros; la radiactividad se encargará de ello.

—No entiendo —dijo rápidamente Warren.

—El cadáver... —musitó Salomé.

—¿Radiactivo?

—Sí... Oh, bien..., no es peligroso con un tiempo limitado de permanencia junto a esa caja... Emite sólo rayos «beta». Los más peligrosos son los «gamma», capaces de atravesar aminas de acero de varias pulgadas de espesor... Los «beta», repito, con no ser tan poderosos, encierran también peligro, según el tiempo de exposición. Calculo que los efectos de la radiactividad penetrarían en nosotros transcurridas cinco o seis horas viajando aquí.

—Ya... ¿Jack Stamper murió por contaminación? Espere..., creo que sí... Murió de una fuerte hemorragia interna...

—Cabe que muriese contaminado, por supuesto.

—Es curioso... Hasta hace un par de días no conocía la existencia de un tal Jack Stamper, y ahora... Podríamos llegar a un acuerdo, Salomé. Creo comprender que usted tiene intereses en este asunto...

—¿Le interesa ahora el trato? —inquirió Salomé sonriendo.

—Sí —dijo secamente Warren—. Usted, sin duda, ha comprendido perfectamente en qué debe basarse el trato, ¿no?

—Supongo que sí... Usted quiere conocer todo lo relativo a ese cadáver. Es decir, a este asunto relacionado con el cadáver de Jack Stamper.

—Así es.

—¿Y a cambio de mi explicación?

—¿Qué puedo ofrecerle? —sonrió torcidamente Warren—. Lucharemos.

—Supongamos que podemos salir de aquí.

—Sería formidable, ¿no?

—¿Y con respecto a mí? —inquirió Salomé.

—Basta con que no regrese jamás a Estados Unidos, Salomé. No, al menos, en son de guerra.

—Bien...

—Diga, ¿qué ocurre con ese cadáver? Se supone que algo

importante, teniendo en cuenta que se ha movido mucha gente, desplegando grandes recursos además. Por otra parte, Stamper..., sabemos que es un nombre falso, hacía casi tres semanas que estaba enterrado... Son demasiadas molestias, ¿no cree? ¿Qué las justifica? ¿Quién descubrió que estaba contaminado? ¿Y por qué causa...?

—Por favor, señor Haddix, no se precipite.

—De acuerdo... Hable usted, Salomé.

Salomé rió brevemente y dijo:

—Esto, en realidad, es un juego absurdo, señor Haddix... Parece hasta estúpido esperar poder salir de aquí con vida... No obstante, no ha llegado el final. Cada uno de nosotros cumplirá la parte del trato que le corresponda... Es como si jugáramos a continuar vivos... Empezaré. Todo se inició desde el momento en que un científico guatemalteco, un hombre de casi setenta años, culminó el sueño de su vida: un excelente invento. Algo por lo que cualquier país de la avanzada hacia el espacio pagaría quizá millones de dólares.

—Dígame el nombre de ese sabio.

Salomé se encogió de hombros.

—Poco importa ya. Le mataron —musitó.

—¿Stamper?

—No, no... No se precipite, por favor.

—Perdone. Prosiga.

—El sabio al que me refiero no supo ocultar su descubrimiento y lo mencionó en sus círculos. Inmediatamente ocurrió lo que era previsible: aparecieron los dientes de la ambición. Mucha gente empezó a pensar en el beneficio material de ese invento. Para abreviar, diré que las noticias llegaron a oídos de los espías rusos fijos en Guatemala, y también a los servicios secretos guatemaltecos. Empezó la lucha entonces. En torno a ese sabio se formó un círculo de intrigas que le costó la vida. Y... hasta ahora todo ha sido inútil, porque Stamper..., llamado en realidad Sebastián Castro, tomó el relevo del sabio y supo burlar, hasta cierto punto, a todo el mundo.

—¿Qué pretendía Castro con ese invento?

—Iba a cederlo a Estados Unidos. A cambio de dinero, por supuesto.

—De todos modos, se le agradece...

—Es inútil ese sarcasmo ahora, señor Haddix. Sebastián Castro quería dinero, como todo el mundo. Parecía fácil obtenerlo, y si bien hizo las cosas adecuadamente, no supo llegar hasta el final. Es claro que se encontró acosado, perseguido por mucha gente acostumbrada a la lucha. Castro no pasó de Baltimore en su viaje hacia Washington.

—¿Quiénes le perseguían?

—Una célula rusa, y...

—Y usted.

—Yo, de acuerdo —dijo Salomé.

—¿Usted pertenece a los servicios secrete guatemaltecos? —inquirió Warren.

—Ya no —fue la seca respuesta de Salomé—. Por dinero, si es que iba a pedirme explicaciones. Loeberg me ofrecía mucho más que mi país por la obtención de ese invento.

—Loeberg, ¿eh? ¿Para quién trabaja?

—Loeberg es independiente. Tiene sus clientes fijos.

—Entiendo...

—En este caso, pues, está explicada la situación, señor Haddix. Digamos que Castro murió sin que nadie le tocara, en Baltimore. Yo, simplemente, esperaba para... hacer lo mismo que ha hecho la célula rusa, adelantándose a mí. Son ellos, los rusos, por tanto, quienes parecen llevar la mejor parte en el juego. Naturalmente, si el invento de nuestro sabio cae en manos rusas, seguirá un destino muy distinto al que habría tenido de caer en mis manos; las de Loeberg, vaya. Loeberg, muy posiblemente, hubiera entrado en contacto con Estados Unidos. Y con Rusia. Y con otros interesados; ya sabe cómo actúa esa gente, ¿no, Haddix? Pero, en definitiva, lo que quiero señalar es que yo no era declaradamente enemiga de su país.

—Lo comprendo. Pero no me gustan los traidores —rezongó Warren.

Salomé le miró.

Rió brevemente.

—Más bien soy una desertora de los servicios secretos guatemaltecos. De todos modos, la definición poco importa. Asimismo, sus gustos personales son poco interesantes para mí, señor Haddix. Mi precio era de medio millón de dólares, y, está

claro, si algo lamento es haber perdido esa gran oportunidad. Y bien..., ahora pienso que, si saliéramos airoso de esta situación, usted y yo seríamos enemigos irreconciliables. Yo intentaría negociar el invento con ustedes o con quien pagara más, y usted, por su parte, trataría de conseguirlo gratis para su país.

—Primero resolveremos la situación.

—Muy bien...

—Quedan algunas cosas por aclarar, pero creo que lo importante ahora es buscar una salida.

—¿Qué es lo que no está claro para usted, Haddix?

—Sus idas y venidas. Además, la importancia del cadáver en sí.

—Oh... Yo tenía mis propios planes... Pero de repente Loeberg me indicó que la operación debía realizarse con la máxima urgencia...

—Está bien, está bien...

Callaron.

Warren entonces se dedicó a tantear el tabique metálico, sin encontrar el menor resquicio. Todo estaba herméticamente cerrado, pero debía existir algún lugar por donde se renovara el aire de la reducida cámara.

—Hay una rejilla arriba —aclaró Salomé.

—¿Posibilidades?

—Con las manos, ninguna. Además, no cabemos; no tiene la suficiente anchura como para permitir tan siquiera el paso de mi cuerpo.

—Ya... Habrá comprendido que si seguimos encerrados aquí, toda discusión sobre nuestras actuaciones futuras es pura fantasía, Salomé.

—Por supuesto...

—Llame. No espero convencer a nadie, pero me gustaría hacerme una idea de lo que tenemos al otro lado de esa plancha. Me gustaría ver un resquicio, un poco de luz... ¿Qué hizo con el contador de radiactividad?

—Lo tienen ellos, claro... De no haber estado implicado el capitán del barco en el asunto yo tendría ahora el cadáver de Stamper. Lo habrían descargado del barco... Utilicé la personalidad de una oficial de Salubridad Pública..., señalé la radiactividad de la caja; la habrían descargado, y Loeberg y los demás solo tenían que

meterla en el furgón y huir... Creo que no lo prepararé mal del todo... No obstante, el fallo fue la intervención de Covadonga... Pero tenía que arriesgarme.

—No habrían corrido ni una yarda; les estábamos rodeando. Pero dejemos eso —gruñó Warren—. Llámeles, Salomé. Intente convencerles de que la radiactividad de esa caja es peligrosa para todos. Omita informarles sobre la menor potencia de los rayos «beta». Tal vez asustándoles al respecto consigamos algo.

Salomé reflexionó unos instantes.

—De acuerdo... Algo hay que hacer...

—No espere más.

Salomé empezó a gritar y a golpear la plancha metálica, no demasiado gruesa.

En la pequeña cámara el aire se enrareció ante los esfuerzos de Salomé, que consumía más rápidamente el oxígeno.

CAPITULO VII

Tardó un buen rato en abrirse la puerta de la cámara. Penetró la luz, y Salomé y Warren pestañearon, cegados, durante unos segundos. Warren retenía aún la imagen de Covadonga y de otro hombre que empuñaba una automática.

—Dejen de escandalizar. Es completamente inútil —dijo Covadonga.

Salomé intervino rápidamente.

—Hay algo que tal vez no ha tenido en cuenta, capitán —dijo—. Usted no ignora el peli gro que encierra esta caja para todos nosotros. Le demostraré claramente que emite radiactividad; la más peligrosa. Rayos «gamma». Estoy segura de que si quiere comprobarle, con un contador detectará la total contaminación de submarino.

—El viaje no será demasiado largo —dijo Covadonga.

—El peligro existe «ya» —dijo Salomé.

El hombre que empuñaba la pistola se removió, inquieto.

—¿Y qué sugiere que podemos hacer? —inquirió Covadonga.

—Bueno..., lo más seguro es deshacerse de esta caja.

—Oh, vamos... Usted sabe muy bien que todas las situaciones que se han planteado se deben precisamente a esa caja, a su contenido. Y realmente, señorita Cullman, o Salomé, debo felicitarle por haber seguido la pista de la caja... No lo esperaba. Suponía que el viaje Baltimore-Guatemala iba a ser poco menos que de placer.

—Será el viaje de dolor si siguen con la caja a bordo.

—No podemos desprendemos de ella.

—Yo... quizá pudiera solucionarlo... —murmuró Salomé.

—¿Cómo? Le ruego que no sugiera tonterías ni proyectos impracticables; sólo aceptaré medidas lógicas, factibles.

—Bien...

—¿Qué sucede ahora? —inquirió Covadonga.

—Necesito adoptar unas precauciones especiales —dijo Salomé.

—Explíquelas.

Salomé se removió.

—Usted, Covadonga, tal vez ignora que lo que todos buscamos se halla en el interior de cadáver.

—No se me dijo —rezongó Covadonga.

—Bien, es la realidad. La radiactividad proviene de algo que el muerto tiene dentro. Podre demostrárselo, naturalmente.

—¿Cómo?

—Necesito asegurarme de que ustedes pueden proporcionarme los elementos necesarios. Por ejemplo, un traje de goma; sirve un equipo subacuático. ¿Lo tienen?

—Sí.

—Habrá que comprobar que no está contaminado.

—Se encuentra en un armario metálico. Tal vez no haya llegado hasta allí la radiactividad. ¿Qué más?

—Equipo de goma, mascarilla... Puede servir la de cualquier botella de oxígeno. Luego... guantes de goma, claro, en buenas condiciones y... los instrumentos más duros y cortantes que haya en el interior del submarino.

—¿Para qué?

—Por favor... —intervino Warren—. Usted ha debido entenderlo ya, Covadonga. Salomé se propone realizar la autopsia del cadáver. Una autopsia un tanto insólita, muy peligrosa radiactiva, pero autopsia al fin... Se propone está claro, recuperar lo que haya dentro de cuerpo del cadáver para luego poder desprendernos de éste, de la caja, del ataúd... De todo lo que emite radiaciones..., a excepción, es claro, del objeto de que se trate, pero creemos que será un objeto pequeño, fácilmente aislable, de modo que el peligro queda reducido a la mínima expresión. Oiga esto. Covadonga: Salomé y yo estamos condenados a muerte, ustedes lo estarán también si dejan que esta situación se prolongue.

El hombre de la automática parecía un poco nervioso. Asimismo Covadonga empezaba a dar muestras de inquietud.

—Yo debo entregar la caja como la recibí... —musitó.

—Está bien. Pero supongo que no le advirtieron del peligro —

rezongó Warren.

—Bien... Tal vez ellos no conocían el detalle de la radiactividad.

—Cabe que no lo conocieran, Covadonga. Sepa usted que ese cadáver ha estado enterrado durante tres semanas. Y día a día yo he estado yendo al cementerio con mi contador geiger. Yo no podía desenterrarlo en tanto siguiera siendo radiactivo. La célula para la que usted trabaja ahora no tuvo en cuenta ese detalle; puede que lo ignore. Yo no digo que a usted hayan tratado de engañarle, ¿comprende? Insisto en que usted ha comprobado la radiactividad de esa caja... Lo supieran ellos o no, esa radiactividad existe. Ése es el peligro que hay que anular.

Covadonga parecía indeciso.

—Tal vez convendría hacer algo, capitán —musitó el de la automática.

—Ellos quieren una oportunidad, Raúl —murmuró Covadonga.

—Cualquiera puede darse cuenta de eso, señor. No obstante, considero mucho más peligrosa la radiactividad que lo que puedan hacernos ellos.

—Es posible que esté en lo cierto...

—¿Y bien?

Covadonga miró a Salomé y a Warren. De nuevo a Salomé, que estaba sentada en el suelo, muy bonita, expectante, con un raro fulgor en sus grandes ojos oscuros. Parecía muy joven, y tan hermosa... Tan sólo se encontraba a faltar la sonrisa juguetona, amable, en sus labios.

—Buscaré el equipo que usted ha pedido señorita Cullman —dijo, por fin, Covadonga—. Examinaré todo el submarino con su contador.

—Está bien...

—Mientras, esperen aquí.

Y antes de que Salomé pudiera despegar de nuevo los labios, el capitán había hecho una seña, y el tipo de la automática, Raúl, cerró la puerta de la cámara, dejándoles nuevamente sumidos en la oscuridad, a solas, aislados.

Tras un par de minutos de silencio, Warren dijo:

—No puedo creer que esa célula rusa desconociera la emisión de radiactividad del cadáver de Sebastián Castro.

—Ni yo... —musitó Salomé—. Pero de pronto todo el mundo

tiene prisa, señor Haddix. Los rusos demuestran mucha prisa al presentarse en Baltimore y desenterrar el cadáver sin más. Por otra parte, Loeberg, que en principio me había dicho que no requería prisa alguna la labor, me localizó en Miami, apremiándome a terminar inmediatamente la operación... Señor Haddix, ¿qué está ocurriendo en su país?

—No entiendo.

—Bueno... algún lanzamiento especial...

—No sé. Hay lanzamientos de satélites casi a diario, Salomé.

—Pues debe existir algo secreto o relativamente secreto. Las prisas de los rusos y de Loeberg lo demuestran. Hasta el punto de que los rusos han despreciado el riesgo de la radiactividad..., si bien sabían que los rayos «beta» ofrecen sólo un riesgo relativo, claro.

—Ya... Entonces, ese invento debe ser útil acoplado a algún ingenio espacial, ¿no?

—Sí. Así es.

—Bien...

—Lo que más me inquieta es que estoy improvisando demasiado... —musitó Salomé—. Me gusta calcular mis acciones... Yo sabía, lo descubrí en Baltimore con el contador, que el cadáver estaba cargado en el «Quezaltenango». Me propuse tomarme un descanso y llegar a Guatemala acompañando el cadáver; allí seguir la pista y recuperarla tranquilamente. Hasta tenía reserva para viajar en el «Quezaltenango».

—Me temo que no tenemos mucho tiempo para realizar demasiados cálculos, Salomé.

—No... Todo ha salido mal, de un modo increíble... Cuando la operación parecía más sencilla y reducida a una simple espera, todo se complica...

—Piense en lo que puede hacer, Salomé. Usted tendrá en sus manos esos instrumentos duros y cortantes.

—En efecto, señor Haddix. Esos instrumentos los tendré yo. Por esa misma razón también tendré las automáticas pegadas a la nuca. Será usted quien tenga las manos libres, y quizá una vigilancia menos intensa.

Warren permaneció silencioso unos segundos. Luego murmuró:

—Comprendo, Salomé.

—Lo celebro. No espere que yo utilice estúpidamente esos

instrumentos; antes de revolverme tendría una bala en el cerebro.

—Sí, claro... Esperemos. Es lo único que podemos hacer.

—Ahora, sí.

—¿Cuánto calcula que llevamos navegando? He perdido la noción del tiempo —dijo Warren.

—Más de dos horas.

—Entonces pronto anochecerá.

—Exacto; y, por supuesto, se reducen mucho las probabilidades de que el submarino sea hallado por los guarda-costas estadounidenses. Por otra parte, estamos en alta mar, en aguas internacionales. Bien..., es lo que imagino. Podría ser también que nos limitásemos a bordear la costa. Puede que lleguemos a averiguarlo.

Antes de que Warren pudiera decir algo se abrió la puerta de la cámara. Aquella vez eran dos hombres, con automática por barba, quienes se presentaron. Raúl dijo:

—Síganme.

—¿Han comprobado la radiactividad?

—Sí. Al menos el detector emite señales acústicas...

—¿Pues qué otra cosa esperaba? —inquirió Salomé.

—Fuera... Caminen.

Warren se sintió bastante mejor cuando salió de la pequeña cámara y pudo erguirse y estirar las piernas. Observó el submarino, muy reducido, pero muy completo, a juzgar por lo que estaba viendo; un cuadro de mandos completo, con controles electrónicos. Descendieron por las escalerillas metálicas hasta llegar a un cuarto donde estaba reunida, al parecer, la totalidad de la dotación del submarino. En total, cuatro hombres, incluido el capitán Covadonga. Éste, Raúl, Orozco y Julián. Había un gesto e preocupación en aquellos cuatro rostros; preocupación y recelo. Julián también mostraba su automática. Todos, a excepción del capitán Covadonga.

—El contador da señales —murmuró Covadonga.

—Se lo dije —fue la respuesta de Salomé.

—Bien... En ese armario metálico tenemos los equipos que usted pide, señorita Cullman. Un traje de goma y guantes. Asimismo botella de oxígeno. Los... instrumentos duros y cortantes le serán entregados en el momento oportuno.

—Está bien.

—Diga, si nos desprendemos de esa caja y del cadáver, ¿cuánto tiempo tardará en desaparecer la radiactividad?

—Lo veremos por el contador. Por supuesto en caso de peligro inminente les avisaría. Tendríamos que dejar el submarino.

Se cruzaron miradas entre aquellos hombre.

Covadonga dijo:

—Puede cambiarse aquí, señorita Cullman, Julián la vigilará. Lamento verme obligado ello. Los demás estaremos arriba.

Salomé asintió con la cabeza.

—De acuerdo —murmuró.

A una seña de Covadonga, todos, a excepción de Julián y Salomé, abandonaron aquel pequeño camarote metálico. Salomé, sin perder tiempo, empezó a desvestirse. Luego empezó a ponerse el traje de goma.

Tardó tres minutos en quedar apretada por la goma, que la modelaba perfectamente. Luego comprobó el funcionamiento de la botella de oxígeno. Ella tenía que estar muy cerca del cadáver... Los demás, con alejarse un poco lo tenían resuelto.

Cargó la botella, se puso los guantes y se vovió hacia Julián.

—Estoy lista —dijo.

—Bien. Vamos.

Hizo un gesto, y Salomé caminó hacia la puerta metálica; esperó a que Julián abriese. Luego, ella en primer lugar, se dirigieron hacia las escalerillas. Llegaron a la planta de control donde estaban los demás esperando.

La puerta de la cámara donde estaba la caja había sido abierta; había una potente linterna en el interior y la caja ya estaba en posición horizontal en el suelo. Una palanca de hierro y unos alicates para cortar los flejes de acero habían sido dejados sobre la caja.

—¿Necesita ayuda? —inquirió Covadonga.

—Sólo para destapar la caja.

—Está bien. Orozco.

Orozco se adelantó. Salomé y Warren cambiaron una fugaz mirada; sólo eso. Y Warren sonreía leve, secamente, observando la preciosa silueta de Salomé, que estaba inclinada examinando la caja, con Orozco como ayudante. Los demás estaban rodeando la

entrada, pistola en mano, y Warren se hallaba en el centro de aquella especie de semicírculo, dan la espalda a los demás. Realmente, la situación no parecía en absoluto propicia..., de momento. Estaba claro que para deshacerse del cadáver habría que emerger... Quizá entonces.

Entre Orozco y Salomé habían abierto la caja. El ataúd se hizo visible.

—Ayúdeme a colocar el ataúd sobre la caja —pidió Salomé.

Orozco hizo un gesto, y se acercó Raúl. Consiguieron sacar el ataúd y colocarlo sobre la tapa de la caja, a la altura del vientre de Salomé. Luego ésta se colocó la mascarilla. El gesto era significativo, y los demás se retiraron, cerrando el semicírculo, muy atentos a los movimientos de Salomé y, naturalmente, a los de Warren Haddix, quien, pese a todo, apenas podía disimular su admiración hacia Salomé. Hacía falta estómago de hierro para realizar aquella jugada...

Se abrió la tapa del ataúd.

Todos vieron la palidez de las partes del rostro de Salomé que quedaban visibles. La vieron vacilar un poco; hasta observaron las contracciones de su vientre. Los demás contenían la respiración hasta cierto límite y miraban como obsesionados a Salomé.

El silencio era absoluto.

La vieron empuñar un grueso y afilado cuchillo de sierra y meter la mano hacia el fondo del ataúd.

De súbito todos los rostros, sin excepción alguna, estaban perlados de un sudor frío, angustioso...

Todos estaban rígidos, haciéndose una idea sobre el estado de aquel cadáver.

Vieron moverse con fuerza el brazo derecho de Salomé. Crujía algo, que estremeció a aquellos hombres. Salomé empezó también a sudar; las gotas resbalaban hasta sus ojos; tenía que pestañear para sacudírselas. Seguía cortando. Tardó más de diez minutos en dejar el cuchillo para empuñar un instrumento parecido a un atornillador, con el que hizo crujir de nuevo al cadáver, ante el creciente mareo de Orozco, que sentía el vertiginoso movimiento de su estómago, acuciado por el asco.

Covadonga, completamente lívido, aún pudo hacer un gesto, que Julián interpretó adecuadamente; Julián abandonó la vigilancia

para dedicarse a los mandos del submarino de bolsillo.

La maniobra no se notó, pero el indicador de velocidad mostraba que el submarino estaba emergiendo velozmente. Hasta llegar a sólo unas pocas yardas de la superficie. Entonces Julián paró las máquinas.

En cuanto a Salomé, ya mostraba un pequeño objeto en su enguantada diestra. Además asentía con la cabeza.

—Salga —dijo Covadonga.

Salomé obedeció.

Inmediatamente Raúl cerró la puerta de aquella cabina.

Salomé seguía con la mascarilla de oxígeno.

Mostraba el objeto, que nadie se atrevía a tocar.

—Arriba, Julián —dijo, por fin, Covadonga—. Lastraremos la caja, con todo dentro, y nos desharemos de eso... Rápido.

Julián se apresuró a obedecer. Poco más tarde el submarino emergía. Se abrió la escotilla y empezó a penetrar el húmedo aire marino, fresco y puro, ante el evidente alivio de aquellos hombres.

Tras respirar con fruición durante casi un minuto, y mientras se disipaba el nauseabundo olor, permanecieron en silencio. Luego, cuando la atmósfera se empezó a aclarar, Covadonga dijo:

—Habrà que sacar la caja por una de las cámaras de aire; se utilizará el mismo procedimiento que para introducirla. Vamos, muévase. Es preciso actuar con rapidez. Mientras, iremos observando la zona. Raúl, quiero conocer exactamente nuestra posición.

—Bien, señor.

—Orozco, atento.

—Sí, señor.

—Ustedes, señor Haddix y señorita Cullman colaboren. Cierren la tapa del ataúd y ayude: a Julián; él les dará instrucciones. Deme ese objeto, señorita Cullman.

Salomé se acercó a Covadonga tendiéndole el objeto. Covadonga, ceñudo, observaba aquella especie de cápsula metálica, cuya única particularidad visible era la desproporción entre su tamaño y su peso. Miró a Salomé con fijeza.

—¿Acaso el... muerto se tragó esta cápsula?

—No... No, no. Fue una especie de auto injerto... Lo ocultó en las capas musculare del muslo de la pierna derecha.

—Es... asombroso...

—Lo es, en efecto. Se dará una idea de la importancia de este objeto.

—No sé... Lamento carecer de conocimientos técnicos para ello, señorita Cullman... Comprobaremos la radiactividad de este objeto lo guardaremos en un tubo grueso; el más grueso del submarino.

—Bien...

El submarino ya estaba arriba.

Se notaba ya perfectamente el cambio de atmósfera; por la escotilla abierta era incluso posible ver las estrellas en un cielo oscuro, sin nubes.

CAPITULO VIII

El que estaba solo dedicado a la vigilancia era Orozco, que parecía muy impresionado por la figura de Salomé. Ésta y el capitán ataban depositando la cápsula metálica en un tubo, que cerraba herméticamente. Luego fueron en busca del contador, que seguía emitiendo la señal, si bien más débilmente. Esperaron a que la caja fuese arrojada al mar, bien cerrada, lastrada de modo que jamás sería recuperada. Raúl, Julián y Warren se ocuparon de tal operación, deshaciéndose de la caja por la abertura que dejaban las cámaras del submarino.

Luego cerraron las compuertas.

Todos estaban mirando el contador, que seguía con la señal.

Nervioso, el capitán pestañeaba.

—Parece que no hemos conseguido gran cosa con... esa autopsia, señorita Cullman —murmuró.

—Quedan restos, es lógico. Deberíamos navegar por la superficie, con la escotilla abierta.

—Bien..., es peligroso... Raúl, ¿cuál es la posición exacta?

—Estamos a veinte millas al este de Sapela Island.

—Ya... Hemos viajado más rápido de lo que esperaba... Aún tardaremos un poco en tomar contacto con el yate de Czeslaw... Habría que intentar localizarles... Deben estar a unas millas de distancia, pero la emisora es lo suficientemente potente. Si pudimos comunicar desde Savannah, con la del buque, podemos ahora localizarles desde aquí. Conviene advertirles de que deben forzar la marcha. Prueba tú, Julián.

—Bien, señor.

Julián entonces se dirigió hacia las escaleras, desapareciendo unos instantes más tarde.

—Orozco, en marcha; velocidad mínima, Sudoeste.

—¿Acercándonos a la costa, señor?

—Sí... Observa, de todos modos, que a la velocidad mínima tardaríamos diez horas en tocar tierra de Florida.

—Bien...

—De ese modo, si tuviéramos que abandonar el submarino, estaremos más cerca de tierra firme. Este estúpido aparato... Parece que la señal es más débil, no obstante... ¿Qué dice usted, señorita Cullman?

—Se está debilitando, en efecto.

—Bien... Orozco, en marcha. Por la superficie.

—De acuerdo, señor.

Orozco fue hacia los mandos, siendo relevado en la vigilancia por Julián. Warren y Salomé habían esperado inútilmente la oportunidad. Habían realizado aquella autopsia, se harían desprendido del cadáver y las cajas, pero la amenaza seguía siendo mortal.

—Ustedes volverán a esa cabina —dijo de pronto Covadonga—. Habrán comprendido que no quiero responsabilidades sobre su muerte. Que sea Czeslaw quien cargue con ello. Habrán comprendido también que el encuentro con Czeslaw tendrá lugar en alta mar, y esperemos que no transcurra demasiado tiempo. Oh, es claro: nos hemos visto obligados a trastocar todo el plan... Tuve que recurrir a una llamada de emergencia a Czeslaw, quien desde Baltimore, y desde el momento en que mi buque zarpó con esa carga, se ha limitado a viajar lentamente por la costa, en coche, siguiendo nuestra ruta, oculto, tan sólo atento a cualquier contingencia... Se ha presentado, y hay que hacerle frente... A todos se nos han complicado mucho las cosas...

Salomé miró al hombre del FBI. Parecía furiosa.

Covadonga también miraba a Warren.

Dijo:

—¿No ha visto ninguna oportunidad clara, señor Haddix?

Warren sonrió levemente.

—Parece que no, capitán...

—Realmente, no esperaba encontrarme en una situación como ésta. He perdido mucho más de lo que hubiese ganado de salir bien la operación, muy simple, por cierto. Sólo tenía que dejar el buque

en un puerto de Guatemala... Sólo eso...

Intervino Raúl:

—La señal se está debilitando por momentos, señor —dijo—. Es evidente que el peligro está desapareciendo. Podríamos sumergirnos. Creo que es una medida de seguridad imprescindible.

—Bien..., tal vez sea lo mejor. Cerrad la escotilla. Abajo, Orozco.

—Sí, señor.

Raúl, para dirigirse hacia la escotilla, hacia las escalerillas metálicas, quedó de costado con relación de Warren. Además, Raúl tenía que alzar los brazos para la operación, con lo que quedaba completamente al descubierto. Y por la total inexpresividad del rostro de Warren nadie podía adivinar lo que iba a ocurrir.

El primero en saberlo fue Raúl, quien sintió como un tremendo latigazo en los riñones, en el momento en que llegaba a la base de la escalerillas; soltó un aullido y trató de revolverse, pero recibió un patadón en pleno rostro que le tiró de costado, de cabeza contra los barrotes metálicos de la escalerilla. Allí quedó Raúl, semiinconsciente, con la automática sus pies.

El capitán Covadonga de inmediato extrajo su automática del bolsillo del chaquetón; pero Salomé, moviéndose de un modo centelleante, realizó dos movimientos bruscos, vigorosos. El primero fue lanzar las dos manos hacia la diestra del capitán, aferrándole la muñeca; el segundo movimiento consistió en inclinarse, dar una vuelta sobre sí misma hasta colocar sobre su hombro el brazo derecho del capitán, quien tuvo que soltar para no oír el crujido de sus propios huesos.

Covadonga estaba aún en el aire cuando Warren tocaba la pistola con la punta de los dedos.

Orozco, desde los mandos, se había revuelto, disparando con la automática. Las balas rebotaban con estremecedores silbidos, chascando contra las planchas de acero. Salomé, pegada súbitamente al suelo, tenía ya empuñada la automática de Covadonga.

En cuanto a Warren, había tenido que saltar hacia atrás, perdiendo terreno, chocando contra Raúl, que empezaba a recuperarse.

Warren asestó un codazo al vientre de Raúl luego le agarró por los cabellos, haciéndole girar y colocándolo como escudo entre las

alas de Orozco y su cuerpo.

Dos segundos más tarde se producía el movimiento agónico de Raúl, quien recibió un balazo en el pecho por la parte izquierda, un poco alto. Inmediatamente se percibía el gemido ronco de Orozco, que chocó de espaldas contra el tablero de mandos con un plomo en rostro, mostrando la ensangrentada prolongación de una sonrisa... Luego Orozco cayó de cara al suelo, quedando inmóvil.

Warren soltó a Raúl, quien cayó de rodilla: y luego de frente contra el suelo, agonizante.

Por su parte, Salomé, en cuclillas, estaba dominando al capitán Covadonga, que apenas realizaba movimiento alguno.

Warren, antes de que se produjeran nuevos acontecimientos, alargó la diestra, tomando la automática de Raúl. Se sintió mucho más seguro. Dio un par de pasos hacia las escalerillas que conducían a los bajos, a la emisora camuflada, donde estaba Julián, quien, naturalmente, habría oído los disparos.

Y se oían los pasos de Julián.

Su voz:

—¿Capitán?

—Silencio.

—¿Suced algo, señor?

Warren asomó ligeramente, y vio a Julián automática en mano, fruncido el ceño.

Iba a apretar el gatillo, pero se percibió el gruñido de ira de Julián y tres detonaciones consecutivas; las balas atravesaron el hueco simplemente, sin más consecuencias.

Warren miró a Salomé.

—¿Puede manejar el submarino? —inquirí:

—Creo que sí.

—Vaya entonces. Yo me ocuparé de Covadonga. Bastará con encerrarle en esa cámara. Hacia ella, Covadonga.

—¿Rumbo, señor Haddix? —inquirió con ligera ironía Salomé.

Warren sonrió levemente.

—Bueno..., parece que estamos en las mismas condiciones... De momento, poco importa.

—De acuerdo...

—Usted, Covadonga, métase en la cámara. Covadonga vacilaba. Parecía dispuesto a intentar la resistencia, pero tal vez entendió, por

la expresión de los grises ojos de Warren, que un ataque era lo que menos le interesaba en aquellos momentos. Por consiguiente se metió en la cámara, y Warren, tranquilamente, le encerró. Luego, con una sonrisilla, el hombre del FBI se acercó a Salomé, que había estado variando el rumbo del submarino. Warren observó que tomaban dirección Sur, con una ligera desviación hacia el Este.

Luego Warren miró a Raúl, que acababa de morir a consecuencia del balazo en el pecho. También Orozco estaba en el infierno.

—Aún queda uno, Salomé —dijo Warren.

—Oh..., ése no me preocupa. Que suba.

—Sí, claro... ¿Le preocupa algo entonces? Ella sonrió, mirándole.

—Usted, señor Haddix.

—¿Yo? Bueno..., creo que usted se sintió decepcionada conmigo, Salomé.

—Es cierto... Pensé que había dejado pasar a oportunidad.

—No... Estaban muy tensos, muy atentos. Lo han perdido todo al relajarse. Lo importante, súpalo, es el momento.

—Me he dado cuenta.

—Bien... Cada uno de nosotros tiene un arma, Salomé. En cualquier momento podemos definir la situación. Repito: es cuestión de saber elegir el momento.

—Realmente... ¿Podríamos llegar a otro acuerdo, Haddix?

Warren se sentó en un taburete; miró la automática y luego a Salomé.

—¿Por ejemplo? —inquirió.

Salomé reflexionó unos instantes y dijo:

—Dadas las circunstancias, creo que no debo renunciar al medio millón de dólares, Haddix. ¿Lo comprende? Personalmente, no tengo nada contra usted. En cuanto a mis actividades, hasta hace sólo cuatro semanas eran bastante afines a las suyas..., por lo menos en cuanto a ideología se refiere. O sea, hace cuatro semanas no éramos enemigos, Haddix. Me pregunto por qué serlo ahora.

—¿Quiere tratar directamente con mi Gobierno y obtener ese medio millón?

—Es una cantidad ridícula si tenemos en cuenta la utilidad de la cápsula que ha visto antes.

—Entonces podríamos, por ejemplo, poner el submarino rumbo a la costa.

Salomé sonrió levemente.

—Señor Haddix..., sería maravilloso poder confiar en usted... No obstante, algunos años de experiencia en la profesión me han enseñado algo tan elemental como la desconfianza total hacia un posible enemigo. Y a considerar los amigos como mera utopía.

—¿No es demasiado, Salomé?

—Tal vez... Si le parece demasiado, digamos que podemos llegar a alguna de las islas Bahamas, por ejemplo, y desde allí entablar negociaciones.

—Tal vez el submarino no tenga tanta autonomía. Por otra parte, parece que estamos olvidando algo tan elemental como al hombre que tenemos abajo, con la emisora a su alcance. Convendría saber si ha podido comunicar con la célula rusa de ese Czeslaw. Si ha comunicado, Czeslaw nos buscará. Y el cambio de rumbo no tiene la menor importancia con sólo que Julián tenga abajo una brújula, lo cual es perfectamente posible y lógico. Estimo, pues, que mientras nosotros estamos tirando con los dientes del botín, Julián puede estar metiéndonos en una ratonera.

—Sí; había pensado en eso... —murmuró Salomé. Entre ambos quizá podríamos anularle.

—¿Cómo?

—Bien... Habrá que estudiarlo. Pero es imprescindible sacarle de ahí —dijo Warren.

—¿Qué ocurrirá luego con la emisora? —inquirió Salomé.

—Oh...

—Yo no tengo enlaces, Haddix. Usted, sin embargo, puede encontrar numerosos en poco tiempo... No puedo dejarle la emisora. Y, por otra parte, nada más cierto: Julián abajo es un peligro latente.

Sonriendo, Warren se puso en pie; se acercó Salomé.

Ella le miraba, un poco a la expectativa. Cada uno, en la diestra sostenía una automática. Así, pues, fue la zurda de Warren la que acarició el cuello de Salomé, mirándola a los ojos, sin abandonar la leve sonrisa. Salomé quieta, seguía mirándole.

—¿Qué busca ahora, Haddix? —inquirí:

—Realmente es una situación un poco absurda. Ni siquiera

puedo volverme de espaldas, Salomé. Dime: ¿has sido noble alguna vez?

—Más de una.

—¿Con mal resultado?

—No siempre, claro.

—Ya...

—¿Vas a pedirme que seamos buenos en amigos?

—Tal vez te parezca descabellado, ¿no?

—No sé... Dijiste que no te gustaban los traidores. Yo lo soy. Aunque podamos matizar, como hice al llamarme desertora, lo cierto es que he traicionado a mis jefes. Ellos esperaban que yo recuperase el invento para el país; para negociarlo por vía legal, con el organismo competente en Washington. Me sedujo el medio millón de dólares... Lo tengo aún a mi alcance. ¿O has cambiado tan rápidamente opinión con respecto a mí? ¿Ya no te importa mi traición?

—Dejemos eso, Salomé. Insisto: abajo, Julián, es dueño de la emisora.

—Baja a buscarle.

—¿Y tú?

Salomé sonrió.

—Te espero aquí —dijo.

—Vaya...

—Escucha esto, Haddix: El FBI, sería estúpido ignorarlo, tiene en sus manos el noventa por ciento de las bazas. Ha logrado atrapar a Loeberg, con lo cual anula a un judío negociante de la peor especie. Tiene a su disposición la cápsula, y todos los informes relativos a este asunto. Puede desarticular una célula rusa, y na confiscado un buque que realizaba maniobras clandestinas. Puede decirse que, inesperadamente, por caprichos del azar, o... por auténtica vigilancia del FBI en su territorio —sonrió Salomé—, el FBI ha ganado la partida. Pero quedo yo, como único obstáculo. Un obstáculo cuyo precio por salvarlo es de medio millón de dólares, ¿lo entiendes?

—No puedo prometerte ese dinero, Salomé.

—Déjame entablar negociaciones.

—Tampoco puedo... Se supone que me favorecen todas las circunstancias.

—No todas. Yo también tengo una pistola, Warren.

Warren asintió con la cabeza.

—Primero, creo que debemos resolver el problema que representa Julián —dijo—. Iremos juntos a buscarle.

—Como quieras...

—Vamos; fija el rumbo, y descenderemos.

—Sí.

Warren se había separado un poco de Salomé. Ella fijó el rumbo y se unió a Warren junto a la escalerilla. Warren la miraba a los ojos; ella sonrió dulcemente, y dijo:

—Me hubiera gustado conocerte hace cuatro semanas, Warren... En estas mismas circunstancias, no importa...

—Pero el tiempo ha transcurrido. ¿Descendemos?

—¿Yo primero? —inquirió Salomé.

Warren vaciló.

—Podemos obligarnos mutuamente, o permanecer aquí, apuntándonos, todo el día, Salomé. Bajaré yo primero. No te apartes de mí más de una yarda.

CAPITULO IX

Lentamente, con el arma preparada, Warren inició el descenso. Llegó al pasillo, sin que se notara la menor señal de la presencia de Julián. Una vez abajo, Warren observó el descenso de Salomé, que sonreía irónicamente, ante la atenta vigilancia a que la sometía el hombre del FBI.

Una vez abajo ambos, Warren miró en torno e hizo un gesto, señalando una de las puertas; metálicas. Salomé asintió con la cabeza, y se deslizaron ambos hacia la puerta, cerrada, con luz que se filtraba por debajo. Salomé pasó rápidamente por delante de la puerta, quedando al otro lado. Así, pues, cada uno quedó a un lado de la puerta, automática en mano, buscando el medio de entrar.

Tras un par de minutos de espera, Warren, con el ceño fruncido, pareció tomar la decisión de, simplemente, disparar contra la cerradura, meterse en el interior de aquel cuarto. Iba a hacerlo cuando vio que Salomé se tensaba; la vio apretar los labios, y disponerse a apretar el gatillo.

Warren comprendió, y giró velozmente, dejándose caer, al mismo tiempo, mientras gritaba:

—¡Cuidado, Salomé! ¡Interesa vivo!

Salomé ya había cruzado su fuego con el de Julián, que había tratado de sorprenderles. Las balas rebotaron contra tabiques metálicos, silbando por el pasillo. Salomé, pestañeando, tuvo que dejar de disparar, al ver que Warren, aprovechando la atención que, por fuerza, Julián prestaba a Salomé, se lanzaba contra Julián, atenazándole la cintura con ambos brazos, empujándole contra una barra de hierro de succión.

Julián recibió el golpe contra la barra en la coronilla, y desfalleció repentinamente, cayendo, arrastrando a Warren, y los

dos hombres quedaron en tierra.

Julián había perdido la pistola, y la desesperación le obligó a intentar defenderse, como fuera; quiso apoyar los dos pies en el pecho de barren, para voltearle, pero el federal le esquivó con relativa facilidad y, casi simultáneamente, le descargaba un golpe en el cuello con el borde de la diestra; alcanzó a Julián en la nuez, y le dejó morado, con los ojos casi fuera de las órbitas, incapacitado para respirar libremente.

Luego, de un revés le tiró de coronilla contra un tabique, y Julián quedó desmadejado, sin fuerzas, con un hilillo de sangre que resbalaba de un corte en el labio inferior.

Inmediatamente, Warren tomó su pistola, miró de soslayo a Salomé, la cual volvió a mostrar su irónica sonrisa. Salomé, lentamente, se acercó a donde estaban los dos hombres.

Warren, entonces, realizó un rápido gesto clavando su pistola en el cuello de Julián; dio media vuelta, y le asió por los cabellos. Le dominaba perfectamente, con una presión que llenaba de lágrimas los ojos de Julián.

—¿Comunicaste? —inquirió Warren.

Silencio.

Warren se humedeció los labios.

—Responde. ¿Comunicaste con Czeslaw? ¿Viene a nuestro encuentro? ¿Conoce el rumbo?

Julián apretó los labios, simplemente.

Warren mire a Salomé, y esbozó una sonrisa torcida.

—Parece que se propone dar trabajo... —musitó.

—¿Me dejas a mí, Warren?

—Bueno...

—Yo ya no pertenezco a ningún servicio nacional, y regular, Warren. El código, si es que existe, me tiene ya sin cuidado.

—Como quieras... Pregunta tú.

Julián no esperaba aquello; ni Warren. Las manos de Julián estaban apoyadas en el suelo, con los dedos extendidos. Y Salomé, con un fulgurante movimiento, golpeó con el duro cañón de la automática en la uña del dedo medio de Julián, quien soltó un alarido de dolor; aún no registraba bien la situación en su cerebro, cuando un segundo golpe le dejó la mente nublada por la angustia; con ojos extraviados, miraba el creciente tono morado de su uña.

Además, en todo momento sus cabellos estaban fuertemente sujetos por Warren, lo cual le inmovilizaba, si no quería dejar el cuero, cabelludo entre los dedos del agente del FBI.

—Puedo seguir, Julián. Tendría que ir mucho más allá, para empezar a sentir una pizca de escrúpulos —musitó Salomé.

Ante el obstinado silencio de Julián, Salomé miró a Warren de soslayo, y sonrió fríamente.

—Creo que será mejor conducirle al compartimiento de máquinas —dijo—. Le dejaremos, primero, la mano derecha junto a alguno de los ventiladores. Luego, la izquierda, y así sucesivamente... Vamos, Warren.

—De acuerdo.

Warren se irguió, y de un tirón puso en pie a Julián, que estaba lívido en aquellos momentos. Salomé, sin descuidar la vigilancia, abrió la marcha hacia el compartimiento de máquinas. Sonrió, mirando a Julián, y dijo:

—Claro que poca importa en esta ocasión... Pero observe que aunque grite con todas sus fuerzas nadie va a oírle, Julián. Adentro.

—Esperen... Esperen... —jadeó Julián.

Warren le pegó de espalda al tabique; siempre con la automática barrenando debajo de la mandíbula inferior de Julián.

—¿Y bien? —inquirió Warren.

—Yo... Logré comunicar, sí... Hablé con ellos...

—¿Les comunicó nuestro rumbo?

—Sí... Sí, claro... Hay una brújula en la sala de la emisora. Están más cerca de lo que creíamos... No tardará en producirse el encuentro, si el submarino persiste en su rumbo... Calculo una hora...

—Perfecto, Julián. Dime la singladura del yate de Czeslaw.

Julián negó con la cabeza, y luego se apresuró a aclarar:

—¡Es que la ignoro! Es... es la verdad... No tengo la menor idea...

Warren y Salomé se miraron.

—Parece posible —dijo Salomé.

Warren asintió con movimientos de cabeza, y dijo:

—En este caso, creo que lo mejor es ponerme al habla con el FBI. Les daré la posición del submarino, y les informaré con regularidad para que en todo momento sepan dónde nos

encontramos. Es claro que no tardarán en tropezar con el yate... Les rodearán fácilmente. Y dado que no estamos muy alejados de la costa, se pueden emplear helicópteros de vigilancia y reconocimiento. Voy a...

—Un momento, Warren.

Warren miró a Salomé.

—¿Sí? —inquirió.

—De momento, está resuelto lo de Julián, que era nuestro principal problema. Ahora bien: yo no he dicho que esté de acuerdo en que el FBI se adueñe de la situación. Eso es lo que tú propones, lógicamente. Yo también tengo algo que decir: desviemos el rumbo, y despistaremos a Czeslaw. Podemos seguir hasta...

—Las Bahamas, ¿eh? —rezongó Warren.

—¿Por qué no? —sonrió Salomé.

—Porque no, Salomé.

—En fin... Existe entre nosotros una tensión muy... amable; incluso cordial, Warren —dijo Salomé—. No obstante, el tiempo apremia. Está claro que tú o yo podemos apretar el gatillo en cualquier momento, y anular las dificultades. Lo malo es que no sabemos quién será el primero en apretarlo. Warren... reflexiona: para el FBI, el éxito, que se compone de la obtención de un muy interesante aparato; la destrucción de una célula rusa de acción, la eliminación de Loeberg, con sus sucios negocios de espionaje; la captura del «Quezaltenango»... Es completo, Warren. Yo sólo quiero medio millón de dólares.

—Negócialos abiertamente, Salomé.

—No puedo... Traicioné a mi servicio.

—¿Lo saben ellos?

—Bien, Supongo que deben creerme muerta... Al no saber que vivo, ignoran aún mi traición; o desertión.

—Entonces, basta con guardar silencio al respecto. Podrías representar a tu país en esas negociaciones. Naturalmente, tienes mi palabra de no descubrir la verdad.

Salomé miraba con fijeza a Warren, a los ojos.

—Es curioso... —musitó—. Casi me convences, Warren...

—Es una buena salida para ti, Salomé. En realidad..., no hay otra; es la única verdad: no hay otra salida.

Lo dijo con voz tranquila, suave, pero Salomé entendió

perfectamente. Era muy cierto que tendría que matar a Warren si quería imponer sus soluciones. Y no era fácil matar a aquel hombre, que estaba siempre atento, con un magnífico sentido de la oportunidad, y evidentemente duro, buen luchador.

—Entonces, lo que debo hacer, según tú, es esperar la llegada del FBI, entregar la cápsula en nombre de mi país..., como si yo fuese el relevo de Sebastián Castro, y luego regresar a Guatemala, con dinero para mi país, mas no para mí.

—Exacto, Salomé.

Salomé sonrió tristemente.

Espió aún sus posibilidades de clavarle un balazo en el corazón a Warren, pero parecía inútil. En ningún momento le había dado la espalda, ni había descuidado la vigilancia. Hubo algún instante, durante la lucha con Julián, que pudo terminar de una vez; pero la fugacidad del momento le impidió tan siquiera llegar a pensarlo.

—Voy a encerrar a Julián en la cámara, con Covadonga —dijo Warren—. Sube tú primero, Salomé. Y reflexiona, mientras.

Salomé, en silencio, empezó a obedecer.

Caminó, con su espléndida figura muy marcada por el traje de goma, en dirección a las escalerillas. Subía, con Julián y Warren pegados a sus pies. Instantes más tarde, la propia Salomé abrió la cámara, y antes de que Covadonga pudiera habituarse a la claridad, Julián ya estaba con él, y ambos encerrados. Luego, Salomé y Warren, frente a frente, se miraban a los ojos.

—Me gustaría fumar un cigarrillo —musitó Salomé.

—Debe haber por abajo. Vamos.

Descendieron de nuevo, y buscaron en los camarotes; en el del comandante del submarino había una estantería, con algunas bebidas, y cigarrillos. La propia Salomé encendió dos cigarrillos, y colocó uno entre los labios de Warren. Luego, tras la primera bocanada de humo, murmuró:

—Bien..., parece que, en definitiva, nos convertiremos en dos buenos enemigos, Warren...

—Veo que aceptas.

Salomé se encogió de hombros.

—¿Qué puedo hacer? —inquirió.

—Me gustaría que estuvieras convencida de que has encontrado la mejor solución para tus problemas, Salomé... ¿Sabes una cosa?:

te admiro. Ésa es la verdad, te admiro. En todo momento has llevado las cosas por tu terreno, con facilidad, con perfecto sentido... Incluso esa... autopsia radiactiva... Se necesita valor, inteligencia... Considero que tú eres el número uno en tu país, Salomé. Eso... ¿sabes?, vale algo... Digamos que, palpablemente, medio millón de dólares es una fortuna. Pero, por dentro... Por dentro, Salomé, vale más ser número uno en tu país. En fin..., creo que es un tonto discurso; sólo quería decirte, en definitiva, que celebro tu decisión.

Salomé se había sentado; fumaba.

Miró a Warren, y dijo:

—No debes demorarte. Comunica con el FBI.

—Sí... ¿Te quedas?

—Me cambiaré de ropa.

—De acuerdo...

—¿Quieres mi pistola, Warren?

Él la miró a los ojos; negaba con movimientos de cabeza.

—No. No, no... Hasta ahora.

Warren, sin más, la dejó sola.

Salomé, entonces, meditaba, con vaga sonrisa. Tanto esfuerzo, ¿para qué? El trato con Loeborg, su vigilancia sobre el cadáver de Castro, sus astucias para, en todo momento, tenerlo controlado. Luego, su lucha, sus esfuerzos por hallar soluciones; matar... Todo por medio millón de dólares que se habían esfumado. ¿Qué le quedaba? Tonterías..., un número. Número uno, sí, pero, en definitiva, un número. Para ella, en Guatemala, no habría menciones, ni honores públicos... Todo seguiría en el más estricto de los secretos.

Se puso en pie; salió de aquella estancia, dirigiéndose al camarote donde se cambió. Sus ropas seguían como las había dejado y, sin prisas, empezó a cambiarse. Cinco minutos más tarde estaba con la minifalda azul y la blusa, con los zapatos de escaso tacón y tiras plateadas por encima de los dedos. Prescindió de la chaqueta y de las gafas de camuflaje.

Oyó pasos.

Miró hacia la puerta, y observó la expresión de Warren, que sonreía levemente.

—Listos, Salomé.

—¿Comunicaste?

—Sí, sí... Fácilmente. Estaban muy desconcertados.

—Se entiende...

—Bloquearán toda esta zona. No escaparán. Nosotros seguimos el mismo rumbo, hasta encontrarles. Emergeremos, y veremos lo que sucede.

Salomé asintió con la cabeza.

—Has ganado, Warren —musitó.

—No... No, no, Salomé. Algún día entenderás que a ti misma te repugnaba esa traición. Si tu ambición hubiera sido firme..., ya estarías muerta. Me di cuenta de que podía salvarte. Y..., lo más importante: me di cuenta de que valía la pena.

—Vaya... Es... muy agradable oír todo eso, Warren...

—¿Vamos arriba?

—Como quieras.

—He avisado que debe presentarse un hombre con equipo especial para recoger esa cápsula radiactiva.

—Es necesario, claro.

Fueron hacia las escalerillas. Ella primero. Warren contuvo un suspiro; sonreía vagamente, cuando llegó arriba.

CAPITULO X

Asomados por la escotilla del submarino, Salomé y Warren habían sido testigos del bloqueo por parte de fuerzas del FBI y Guarda Costas, al yate de la célula rusa, que había ofrecido dura resistencia. Helicópteros sobrevolando, luces muy potentes fijas en el yate, ráfagas de plomo... Gente al agua, rescates...

Había sido una acción fulminante que, por supuesto, sólo podía terminar de una manera. En diez minutos, quedó reducida la resistencia de la gente del yate. Se había tomado posesión de él, y se habían hecho dos prisioneros. Los tres cadáveres estaban alineados en cubierta, tapados con mantas. Entre ellos, el de Sonia Guenev.

Luego, con una lancha, el inspector Overstreet, de Baltimore; el inspector Lionel Hayes de Miami, y el inspector Alan Traymor de Georgia, junto con dos oficiales de la Marina, se acercaban al submarino, que se mecía suavemente en la superficie del mar, emitiendo destellos.

Diez minutos más tarde, agentes del FBI se habían hecho cargo del capitán Covadonga, y de Julián, trasladándoles al yate apresado, como asimismo se efectuó el traslado de los cadáveres de Raúl y Orozco. Se esperaba la llegada de un hombre provisto de equipo anti radiactividad, quien recogió la cápsula, guardándola en un recipiente especial, demasiado sólido para ser atravesado por los rayos «beta». Ese hombre, custodiado convenientemente, se trasladó inmediatamente a su embarcación, para llegar cuanto antes a tierra, y emprender el estudio de la cápsula. Por fin, en el submarino quedaron Overstreet y Hayes, el inspector jefe de la delegación de Miami, con Salomé y Warren.

Todos fumaban cigarrillos.

Todos miraban con expectación a la encantadora Salomé, que si bien sonreía, parecía un poco triste.

—Sencillamente fantástico, señorita Arenas... —decía Overstreet—. Pudo solicitarnos ayuda oficial... No le hubiésemos negado nuestra colaboración. Oh, vamos, ¿quién hubiese cometido semejante disparate?

—Creí que era mejor resolverlo por mí misma, inspector. Es claro, no obstante, que no esperaba tantas dificultades. En principio, se trataba de esperar tan sólo el momento apropiado para recoger la cápsula del cadáver de Sebastián Castro. Luego...

—Sí, entiendo... De todos modos, me gustaría comprender la importancia de esa cápsula, señorita Arenas.

Salomé vaciló un poco.

—Bien..., yo, en realidad, puedo decirles algo; puedo anticiparles algo, vaya. Será solo, sin embargo, algo así como si recitara una lección, como un niño. Las verdaderas posibilidades de la cápsula la determinarán los técnicos.

—Claro, es lógico...

—Nuestro sabio, el profesor Eduardo Mateos, definió esa cápsula como un «selector de radio». Puedo decir que la cápsula es un rubí sintético, enfriado luego hasta casi el cero absoluto, con lo cual su dureza alcanza límites insospechados. Naturalmente, en el interior de ese rubí sintético enfriado hay transistores, que multiplican su selectividad. Esos transistores cuentan, además, con la inapreciable ayuda del elemento que, en realidad, hace de la cápsula algo fuera de lo común; al mismo tiempo, ese elemento es el que provoca la radiactividad.

—Ya... Pero, en definitiva, se trata de un selector de radio...

—Sí. Es una pobre definición, si tenemos en cuenta su utilidad, inspector —dijo Salomé—. El elemento radiactivo es el Polonio 210, un radioisótopo descubierto por el profesor Mateos. Yo, personalmente, y creo que hasta ahora nadie, conoce el período de semidesintegración, o vida media de ese radioisótopo. Eso lo descubrirán sus científicos, inspector. Puedo decir que el Polonio 210 está emitiendo radiactividad después de veintiocho días de colocado en la cápsula. Sin ser un gran período de tiempo, veintiocho días es una cifra estimable, teniendo en cuenta, además, que sigue emitiendo radiactividad. Quizá dure treinta días,

cuarenta... o cien. No se sabe. Cuanto más tarde en desintegrarse, más puede ser utilizado. Hasta que se desintegre el Polonio 210, esa cápsula será útil. Luego, es claro, se pueden fabricar otras. Y no creo que el costo sea excesivo.

El inspector Overstreet reflexionaba.

—Bien... Esa cápsula, pues, es útil —dijo—. Mientras viva el Polonio 210, la cápsula sirve.

—Así es.

—Y, es claro, con la muestra en la mano, no habrá dificultades para nuestros científicos, para crear nuevas cápsulas.

—Es de esperar que no, señor —dijo Salomé.

—Y..., creo que no hemos hablado de su utilidad, señorita Arenas. Me ha explicado algunos datos científicos, ciertamente interesantes, pero es de suponer que ese... selector de radio no sea vulgar...

—En absoluto, inspector. Ese selector compuesto por rubí sintético enfriado casi al cero absoluto, con transistores especiales, y con Polonio 210, lo recoge «todo». Cualquier onda de radio que haya en el espacio, incluido el interestelar, es recogida por el selector, por la cápsula del profesor Mateos. Me explicaré más claramente... Supongamos que Estados Unidos lanza un ingenio espacial a Marte. En ese ingenio se acopla el selector de Mateos, y ustedes pueden tener la seguridad de que el selector les enviará a sus receptores «cualquier onda de radio» que haya en el espacio. Por ejemplo, es capaz de recoger ondas de 1420 megaciclos, que es la frecuencia de las ondas que emite el átomo de hidrógeno que flota en el espacio interestelar. Y creo que se ha llegado a la conclusión de que para comunicaciones interestelares, cualquier clase de vida inteligente emitiría con esa onda la del átomo de hidrógeno.

—Demonios...

—¿Le sorprende? —inquirió Salomé.

—Pues..., sí. Sí, sí... Eso significa, supongo, que cuando ha dicho «todo», pues... quiere decir... «Todo». Todo.

—Hasta mensajes extraterrestres de otras galaxias, que hayan tardado tres, cuatro o cinco mil años en llegar a nuestro alcance —sonrió Salomé—. Naturalmente, si ese selector es capaz de tan increíble proeza, imagine con qué facilidad recogerá información terrestre, de nuestra atmósfera, de planetas de nuestro sol... Nada

puede escapar, si de radio se trata, si de ondas de radio se trata, el selector de Mateos.

—Es... fabuloso —musitó Overstreet—. Digamos que si en tiempos de Buda hubiera habido seres inteligentes que enviaran ondas de radio, o se les escaparan esas ondas, con mensajes, nosotros ahora, podríamos recibirlas..., ya que descifrarlas es algo muy distinto, claro.

—Pues sí. Todo mensaje que llegue del espacio, que flote en él, es recogido.

—Fabuloso, fabuloso...

—Creo que está pensando lo fácil que será espiar los mensajes terrestres —sonrió, con leve ironía, Salomé.

Overstreet carraspeó; enrojeció un poco.

—Hum... Bien...

—Tiene muchas aplicaciones, señor —dijo Salomé—. Científicamente, técnicamente, para la humanidad, para el Gobierno que lo posea...

—Sí... Sí, claro. No obstante..., pienso que hay algún dato que falla.

—¿Por ejemplo? —inquirió Salomé, arqueando una ceja.

—¿Cómo puede recogerse la fantástica información que nos transmitiría ese selector? Supongo que no podrá recogerse con un receptor de radio corriente; ni siquiera con los de radar y radiotelescopios conocidos.

—No, no... Es necesario un cerebro electrónico, que reciba y descifre las ondas que recoja el selector. Ese cerebro electrónico descifraría las ondas; si se trata de clave, de alguna explosión, algún mensaje...

—Un cerebro electrónico... ¿No llegó a construirlo el profesor Mateos?

—Le mataron antes —dijo Salomé—. No obstante, se guardan todos sus estudios.

—Serán muy interesantes, estoy seguro.

—Lo serán, no lo dude.

—Bien... Supongo que se siente cansada, señorita Arenas.

Salomé miró a Warren, que se había limitado a fumar, pero sin dejar de mirarla.

—Me siento cansada, en efecto —murmuró Salomé.

—Podemos conducirla a tierra firme, y acondicionarla para esta noche. Mañana mismo, emprendemos viaje a Washington, y basta con esperar el dictamen de nuestros científicos para que se inicien las negociaciones...

—Al respecto, si bien iré a Washington para confirmar y aclarar todos los puntos que ustedes consideren convenientes, debo aclarar que este tipo de negociación es preferible que se realice a otro nivel. Temo que no realizaría un papel muy brillante... Me desenvuelvo mejor en otros terrenos que en el puramente comercial, de estudio de un producto... Comprendan —sonrió levemente.

—Está bien... No habrá dificultades por eso. Cuando quiera, señorita Arenas.

—Ahora mismo, si es posible.

—Claro que sí.

El propio inspector Overstreet fue el primero en ponerse en pie. Organizó la evacuación del submarino, y quince minutos más tarde, Salomé, Warren y el inspector Overstreet iban en la misma lancha, en dirección a la costa. El inspector iba en el banco del timón, y Warren y Salomé detrás, sintiendo la agradable y fresca brisa en el rostro, revueltos los cabellos.

Warren seguía silencioso.

—¿No tienes nada que decir? —inquirió, en susurros, Salomé.

—Nada.

—Bien... Oh, vamos, Warren...

—Has hecho lo que debías, simplemente.

—Está bien... Dime: ¿qué harás tú ahora? Yo debo ir a Washington...

—Yo iré también. El informe será largo.

—¿Nos veremos allí, Warren?

—Espero que sí.

—Lo esperas... ¿Sólo eso? ¿Así, simplemente?

Warren la miró a los ojos.

—También me da un poco de miedo, Salomé —murmuró.

—¿Miedo?

—Ajá...

—¿Por qué, Warren?

—Estamos llegando a tierra.

—Oh...

Era un hotelito alegre, discreto, muy limpio, con un jardín muy agradable, situado en las afueras de Washington. Aquella mañana, en la diminuta instalación de mini-golf,

Salomé había recibido recado: alguien le estaba esperando en el vestíbulo del hotel. Naturalmente, sabía muy bien de quién se trataba. Fue a recoger a Warren al vestíbulo, y luego subieron a la «suite» de Salomé, que vestía faldita blanca, un jersey blanco también, y llevaba el cabello recogido; su piel relucía, sus ojos enormes tenían un brillo especial.

—¿Y bien, Warren? —inquirió ella, expectante, sentados ambos en un sofá de la «suite».

—Yo he terminado aquí, Salomé. Debo regresar a Baltimore.

—Claro... Creo que, por mi parte, no tardaré mucho en volver a Guatemala... Tenía que ocurrir.

—Sí... ¿Sabes?, la cápsula será acoplada a un ingenio secreto que será lanzado al espacio pasado mañana... Supongo que por esa razón tenían tanta prisa Loeberg y los rusos... Éstos querían el selector de Mateos para sí, naturalmente; y Loeberg lo quería para poder ofrecerlo inmediatamente, aprovechando la oportunidad de ese lanzamiento, con misión, precisamente, de radioescucha... Era una buena oportunidad para Loeberg, no cabe duda. Lo ha confesado todo, naturalmente. Lo peor es que algún día saldrá libremente del país, y... volverá a lo de siempre. En cuanto a los rusos que quedan con vida, lo tienen bastante más difícil.

—Entiendo...

—Tengo entendido que vuestro representante ha conseguido millón y medio de dólares, Salomé.

—Lo sé... No está mal...

—¿Sigues pensando en tu medio millón?

Salomé miró a Warren a los ojos.

Lentamente, negaba con la cabeza.

—No... Deberías saber muy bien que no, Warren... —murmuró—. Puede ser una tontería, pero..., ¿sabes?, estoy segura de que los días que hemos pasado juntos aquí, en Washington, tienen mucho más valor que ese medio millón de dólares... ¿O a ti no te lo parece?

—Para mí, sí, Salomé.

—Han sido los mejores días de mi vida, Warren...

—Celebro oírte decir eso.

—Yo... espero que... volverán... Yo estaré en Guatemala, o en cualquier lugar del mundo, nunca se sabe... No obstante, si nos encontramos alguna vez, Warren...

—Nos encontraremos, estoy seguro. Tú eres Salomé Arenas, número uno de tu país, y estés donde estés, tendrás a tu lado al FBI.

—¿Y a ti, Warren?

—Yo también soy el FBI.

—Sí... entiendo. En fin..., todo esto parece una despedida, Warren... ¿Te das cuenta? Hasta estamos un poco tristes... No encaja con la felicidad de estos días, ¿verdad? —Intentó sonreír Salomé.

—Yo no puedo evitarlo...

—La verdad es que yo tampoco... Tengo que darte las gracias, Warren... De no ser por ti, hoy, yo, sería una traidora, con medio millón de dólares tal vez, pero oculta en cualquier rincón, con mis desconfianzas, mis celos, con angustia... Bien —suspiró—. Puesto que se trata de una despedida, confeccionemos un plan, Warren.

—No, no... Será todo improvisado. ¿De acuerdo?

—¡Oh, sí...! Me encanta improvisar...

—Entonces, vístete. Iremos, en primer lugar, a almorzar.

—De acuerdo.

—Te espero en el «*hall*».

Se incorporaron ambos.

Hubo un titubeo por parte de Warren.

Salomé se estrujaba las manos.

—No... no tardes... —musitó Warren.

—No...

—Bien, voy a...

—Warren, espera...

Estaban frente a frente.

Warren pestañeó. Casi sin proponérselo, se encontró rodeando con fuerza a Salomé, por la breve cintura: la estrechaba casi con furia, mirándola a los ojos, que, de pronto, se habían empañado un poco. Warren, al observarlo, empezó a menear la cabeza negativamente.

—No, no, Salomé... —musitó—. Lágrimas, no...

—Perdona... Pero me gusta; hace ya días que me siento débil... Y me alegra poder demostrarlo... Perdona.

Entonces, Warren se inclinó un poco, besándola en los labios. Salomé correspondía dulcemente, cerrados los ojos, evitando así que las lágrimas resbalaran, humedeciendo el rostro de Warren. Salomé aún no entendía muy bien, pero resultaba un sacrificio enorme tener que separarse de Warren; tener que esperar que él, algún día, fuese a buscarla; o se encontraran casualmente, en cualquier parte del mundo... Quizá realizando otra operación como aquélla; quizá otra autopsia radiactiva...

Hacía un instante que Warren había dejado de besarla, y ella seguía con los ojos cerrados. La hizo respingar la voz de Warren:

—Salomé.

Abrió los ojos; sonrió, desconcertada.

—Oh... Estaba... soñando, Warren —murmuró.

—Quería decirte que no nos despedimos aún. Tenemos casi todo el día por delante.

—Sí, es cierto... Pero..., ¿sabes?, cada minuto es una amarga despedida... Lo siento... Lo siento, Warren; no quiero entristecerte con cosas mías... Espérame abajo, sí, es lo mejor.

Warren la volvió a besar.

Cuando quiso separarse de Salomé, ella le sujetaba.

—Warren..., casi no tengo voluntad... —susurró Salomé—. Temo que cuando nos separemos, algún día, y en una nueva ocasión, me sienta de nuevo flaquear ante la ambición...

—Entonces, recuérdame.

—Sí...

—O búscame, Salomé.

—¿Me dejarías?

—Naturalmente.

—Gracias... Ya sé que debo luchar sola para volver a ser la de antes... No te decepcionaré.

—Estoy completamente seguro.

—Ahora, vete. Voy a cambiarme.

—Sí...

—¿O es que quieres quedarte aquí? —musitó ella.

—Mejor que no, ¿verdad?

Salomé vacilaba.

—Es difícil saberlo —murmuró—. La verdad es que así es muy hermoso... No lo entiendo, Warren; somos capaces de todo; de matar, de torturar, de mentir, de traicionar... De todo. No obstante, podemos comportarnos como niños ingenuos ante situaciones que... que no dejan de ser vulgares...

—Tal vez hemos descubierto algo nuevo en esas... situaciones.

—¿Algo nuevo?

—Digo yo. Posiblemente, que esta situación no es tan vulgar como crees.

—Debe ser eso... Bésame. Y vete. Espérame abajo...

La besó.

Se fue.

Salomé sonreía y lloraba.

Resultaba sumamente curioso, pero acababa de convencerse que existían pequeñas cosas que valían infinitamente más que medio millón de dólares.

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145- USA



**AGENTE
FEDERAL**

FBI



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

